

fatal vértigo que le dominó desde su llegada á Valencia, temiendo un ataque del enemigo por las demas partes, tomó la peor resolucion, cual fué retirarse á la ciudad, ordenando que cada uno volviese á ocupar su anterior y respectivo punto: término funesto de un movimiento mal combinado, pues fué un grave error emprenderlo solo por un punto, esponiendo asi todo el ejército á una misma eventualidad. No es menos reprehensible el haber salido desprovisto de las herramientas y útiles necesarios para el paso de las acéquias, y ya que se cometió este defecto, el no haber tomado en el apuro una de aquellas prontas y atrevidas determinaciones que un experimentado y resuelto general hubiera adoptado en tan critica posicion, pues cualquiera era menos mala que volverse á encerrar en la ciudad, en donde era inevitable la pérdida total de todo el ejército, como desgraciadamente veremos en el siguiente capitulo.



The following information was obtained from a confidential source who has provided reliable information in the past. It is being provided to you for your information only. It is not to be disseminated outside your office.

The source has advised that [redacted] is currently [redacted] and is [redacted] in [redacted]. The source has also advised that [redacted] is [redacted] and is [redacted] in [redacted].

The source has further advised that [redacted] is [redacted] and is [redacted] in [redacted]. The source has also advised that [redacted] is [redacted] and is [redacted] in [redacted].

The source has provided this information for your information only. It is not to be disseminated outside your office.

CONFIDENTIAL

CAPITULO XXV.

Valencia.—Vigilancia de los enemigos.—Dísgusto en la ciudad.—Instalacion de una junta.—Manda esta comisionados á la línea.—Tropelia del general Blake.—Disuelve la junta.—Estrechan los enemigos el sitio.—Abren las primeras paralelas.—Se retira el ejército al centro de la ciudad.—Fuerte bombardeo de los enemigos.—Estragos que causa.—Falta de precauciones en la plaza.—Tibieza de Blake en animar la defensa popular.—Intima Suchet la rendicion.—La rechaza el general español.—Diversidad de opiniones en el vecindario.—Reuniones tumultuarias.—Las disipa la fuerza.—Capitulacion de la plaza.—Salen los españoles prisioneros para Francia.—Solemne entrada de Suchet.—Cualidades de D. Joaquin Blake.—Recompensas de Napoleon á Suchet y su ejército.—Tiranías providencias del mariscal frances.—Frailes llevados á Francia y arcabuceados.—Conducta del clero y del arzobispo.—Porte de los valencianos.—Fin de la cuarta campaña.



Después de la malograda tentativa expresada en el capitulo anterior, en la que solo logró salvarse el coronel Michelena, merced á su inteligencia y decision, redoblaron los franceses su cuidado y crecieron mas y mas los obstáculos para los españoles. A pesar de ellos pensaba Blake repetir el movimiento dos ó tres dias despues, como si ya entonces fuera fácil burlar la vigilancia de los enemigos y romper por en medio de su línea. Detuviéronle, segun dijo, señales tumultuarias del pueblo de Valencia, que aquel general calificó de inconsideradas; pero que en la realidad no deben considerarse sino como forzosa consecuencia de su desacertada conducta, habiendo sido tambien el mismo desacordado gefe el que dió impulso á los primeros murmullos del paisanage. Empezaron estos el 29. Antes, el 28, habia Don Joaquin Blake comunicado al ayuntamiento y á la comision de partido su resolucion de salir por la noche con el ejército, previniéndoles al mismo tiempo haber dispuesto que el gobernador D. Carlos Odonnell convocase una junta extraordinaria compuesta de las principales clases y autoridades para que atendiera á todo cuanto juzgase útil al vecindario. Los preparativos para este llamamiento despertaron la atencion de los ciudadanos y descubrieron el disgusto universal, que se aumentó con la tentativa de evasion del mismo dia 28 y su mal éxito. La junta se congregó en la noche del 30 al 31, sin que hasta entonces se notára en la ciudad otra cosa que fermentacion y desconfianza, lo que obligó á la junta á nombrar comisionados que pasaron á examinar el estado de la línea. Entre ellos habia individuos de todas clases y algunos frailes.

Prendiéronlos á todos al salir por la puerta de Cuarte y los enviaron á Blake, que estaba en el arrabal de Ruzafa. Era la una de la madrugada. Incomodó mucho al general en gefe la presencia de los comisionados, por lo que no

solo no consintió que fuesen á visitar la línea, sino que conservando en rehenes á algunos de ellos, envió los otros con escolta á Zayas para que este los hiciera servir en las baterías: accion tan injusta como imprudente en aquellas circunstancias, y que obliga á contar á Blake en el número de aquellos militares déspotas que aspiran en su orgullo á que los pueblos sufran con el silencio de los esclavos las consecuencias de sus errores, sin permitirles ni aun el triste desahogo de esponerlos á su consideracion. Valencia habia sufrido con una paciencia ejemplar los desaciertos del D. Joaquin. Durante dos meses no solo le habia dejado obrar con entera libertad, sino que todos sus habitantes á porfia le habian facilitado, sin resistencia ni queja, cuanto aquel pudo desear, y cuando despues de tanta abnegacion y de tan eminentes sacrificios se veian próximos á ser víctimas del enemigo, ¿qué extraño es que desconfiáran del que tan mala cuenta daba de su administracion? Asi, pues, la misma delicadeza de aquel general estaba interesada en dar al pueblo cuantas pruebas fueran al caso para demostrarle que la desgracia y no su culpa habian conducido las cosas al desesperado estado en que se encontraban. El carácter dictatorial de Blake no solo negó esa satisfaccion al pueblo, no solo trató á sus comisionados, que iban á visitar la línea, del modo escandaloso que hemos visto, sino que mandó en seguida disolver la junta, no permitiendo hubiese mas autoridad popular que la comision de partido aumentada con cuatro ó cinco individuos, para facilitar el despacho de los negocios. Asi desfogó Blake su intempestivo enojo, mostrándose fuerte y resuelto con los indefensos patriotas, el mismo que tan débil é irresoluto habia estado al frente del enemigo.

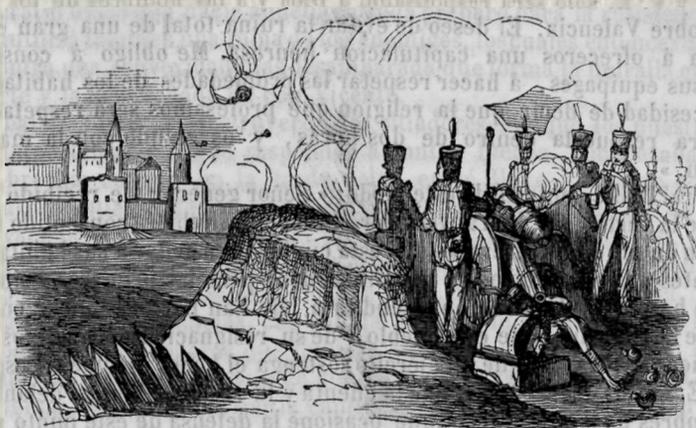
Las disposiciones del general fueron obedecidas sin la menor resistencia, y de este modo formó aquel mismo su proceso, pues dejó demostrado que era dueño de llevar á cabo cualquiera plan formado para salvar sus tropas, siendo de ningun valor su excusa cuando dijo que el desasosiego del pueblo no le dejaba efectuar la salida, añadiendo despues, que no queria con su ausencia dar ocasion á desórdenes y contratiempos. Razon singular para perder un ejército entero, cuando aun en el caso de ser verdadera le bastaba haber dejado un par de batallones para mantener la ciudad en orden! Concluyamos, aunque con dolor, pues solo la imparcialidad de la historia nos obliga á ser aqui severos con D. Joaquin Blake, que solo él es responsable de la lastimosa pérdida de sus numerosas y aguerridas tropas.

Estos disturbios y desaciertos eran poderosos auxiliares del mariscal Suchet, quien estrechando el sitio, reforzó mas la izquierda del Guadalaviar, construyó reductos, fortificó conventos y rodeó á Valencia de manera que se inutilizasen cuantas tentativas hicieran los nuestros para escaparse. Hechos estos preparativos, empezó el ataque contra la ciudad, dirigiendo el principal por la derecha del rio y arrabal de San Vicente, y otro por Monte Olivete. En ambos frentes abrieron los enemigos en la noche del 4 al 2 de enero las primeras paralelas á 60 y 80 toesas de distancia, no sin sufrir alguna pérdida, contándose entre los muertos el coronel Henri, oficial inteligente y bizarro. Pronto establecieron sus artilleros siete baterías, y comenzaron á batir nuestras débiles é imperfectas obras.

Persuadido D. Joaquin Blake de la dificultad de sostener la línea exterior desde Monte Olivete hasta Santa Catalina, se entró en la ciudad con todo el ejército en la noche del 4 al 5, dejando fuera solamente las tropas que guarnecian el arrabal del Remedio y las cabezas del puente. Tambien conservó un camino cubierto tirado desde la puerta del Mar hasta el baluarte de Ruzafa. Retiró la artillería de batalla y la gruesa de bronce, y mandó clavar la que habia de hierro.

Los enemigos no advirtieron hasta la mañana la retirada de Blake, y aunque lo tomaron al principio por un ardid, cerciorados luego de la realidad, ocuparon el recinto abandonado, y empezaron el 5 el bombardeo entre una y dos de la tarde desde tres reductos levantados á la izquierda del rio. Mil bombas y granadas cayeron sobre Valencia en el espacio de 24 horas.

No es posible espresar el estrago causado por tan crecido número de pro-



BOMBARDEO DE VALENCIA.

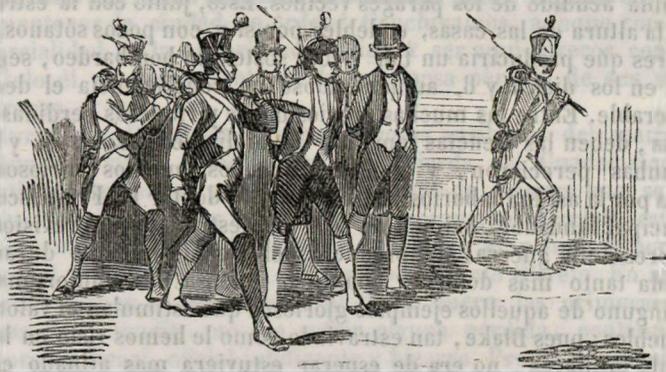
yectiles en una ciudad en la que para confusión y vergüenza de los encargados en su defensa no se había tomado, en el discurso de mas de dos meses que tuvieron para prepararse, ninguna providencia para evitar los funestos efectos de un mal tan previsto. No se habían construido en ella ni blindages, ni almacenes á prueba de bomba: la pólvora estaba esparcida por diversos puntos y al desabrigo: el ejército agrupado en terreno escaso: la población aumentada con la mucha gente que había acudido de los parages vecinos. Esto, junto con la estrechez de las calles y con la altura de las casas, endebles por sí y con pocos sótanos, dá una idea de los desastres que produciría un tan vivo y sostenido bombardeo, seguido con el mismo tesón en los días 7 y 8, aumentándose en consecuencia el destrozo de un modo considerable. Entre las muchas preciosidades y riquezas perdidas en aquellos amargos días, deben las ciencias lamentar la biblioteca arzobispal y la de la universidad: ambas perecieron, y con la última los muchos curiosos manuscritos recogidos por la asidua laboriosidad del erudito doctor D. Francisco Perez Bayer, su principal fundador. Así, en un solo día destruyó la imprevisión, mas bien que los horrores de la guerra, el producto del ingenio humano durante muchos siglos: pérdida tanto mas dolorosa cuanto la defensa de la infortunada Valencia no ofreció ninguno de aquellos ejemplos gloriosos que estimulan al valor é inmortalizan á los pueblos; pues Blake, tan estraviado como le hemos visto en las operaciones puramente militares, no era de esperar estuviera mas atinado en las luchas populares, en las calles y casas á imitación de la invicta Zaragoza, ya porque sus conocimientos eran solo adecuados á las primeras, ya porque carecia del fuego y ardientes inspiraciones que las segundas necesitan, y que ni se aprenden en los libros, ni las comunica la ciencia. Por falta de estas disposiciones se enagenó aquel gefe el afecto del pueblo, amortiguó en él el entusiasmo, y no pensó en cortar las calles, ni en atronerar las casas, ni en adoptar ninguno de aquellos medios que el arte y la práctica enseñan en tales casos, y de los que tan grandiosos resultados han sacado los que se han sabido aprovechar de ellos.

El Sabedor el general Suchet del desconcierto de la ciudad, suspendió el 6 de enero el fuego, y escribió á Blake en los términos siguientes: «Señor general: las leyes de la guerra fijan un término á las desgracias de los pueblos: ha llegado hoy este término: el ejército frances se halla á diez toesas del cuerpo de la plaza, y dentro de algunas horas quedarán abiertas muchas brechas, y entonces un

«asalto general hará que se precipiten dentro de la ciudad las columnas francesas. « Si aguardais este terrible momento, no estará en mi mano detener el furor del « soldado, y V. E. solo será responsable á Dios y á los hombres de los males que « caerán sobre Valencia. El deseo de evitar la ruina total de una gran ciudad, me « determina á ofreceros una capitulacion honrosa. Me obligo á conservar á los « oficiales sus equipages, á hacer respetar las propiedades de los habitantes, y no « tengo necesidad de decir que la religion que profesamos será respetada. Aguar- « do vuestra respuesta dentro de dos horas, y os saludo con la mas alta con- « sideracion. »

El general Blake contestó de este modo: « Señor general: He recibido despues de « de las doce la carta de V. E. Tal vez ayer al mediodia hubiera consentido en cambiar « la posicion de mi ejército, evacuando esta ciudad para evitar á sus habitantes los in- « convenientes y las desgracias de un bombardeo; pero las primeras veinte y cuatro « horas que ha empleado V. E. en incendiarla, me han hecho conocer cuanto puedo « esperar de la constancia de este pueblo y de su resignacion á todos los sacrificios « que sean necesarios para que mi ejército sostenga el honor del pueblo español. Con- « tinue V. E. en sus operaciones, que la cuenta y la responsabilidad delante de Dios y « de los hombres de las desgracias que ocasione la defensa de este punto y de los de- « sastres que la guerra lleva consigo, jamas recaerá sobre mi.—*Joaquin Blake.* »

Entretanto el estrago y las ruinas se aumentaban, y el pueblo, cuyo espiritu no se trató de reanimar en tiempo oportuno, se manifestaba discorde en su determinacion, como se ve por las dos diputaciones que se presentaron al general, la una de la comision de partido, y la otra al nombre del pueblo pidiéndole que capitulase, al mismo tiempo que una multitud del mismo pueblo acudia en tropel á su casa exigiendo que continuára la defensa. Entre los que capitaneaban á la multitud dejó Blake pre-



PRISION DE PATRIOTAS VALENCIANOS.

tos á algunos de los que subieron á su habitacion, con lo que irritadas mas las pasiones, creció el alboroto en términos de tener que acudir tropa para dispersar al pueblo. Con esto se acabó de extinguir la primera y última llamarada del entusiasmo, y quedó el general libre para disponer á su arbitrio de la suerte de Valencia.

La situacion de esta era cada vez mas critica. Los enemigos al abrigo de las cercas y casas construian sus baterias muy inmediatas. Habianse establecido los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte, y la toma de este y la del convento de Santa Ursula costóles sangre. En algunos parages estaban los sitiadores á 15 varas del muro, cuyo espesor era de solo 10 pies, con débiles parapetos y almenas, el foso angos-

to, la artillería colocada sobre tablados sostenidos por fuertes pies derechos. Zayas prosiguió, sin embargo, defendiendo con vigor la puerta de San Vicente, siendo aquel general el único que hacía aquella entrada preparó para la resistencia las calles vecinas. Inutilizó también una mina de los enemigos, los cuales entonces dirigieron sus trabajos contra una convexidad mas desamparada que forma la muralla entre la puerta de Cuarte y la mencionada de San Vicente.

Cinco baterías nuevas construyeron los sitiadores, sin que los nuestros tuvieran medio de importancia con que responder á tantos fuegos. Amenazaban ya aquellos abrir brecha, cuando en la tarde del 8 envió Blake al campo contrario oficiales que prometiesen de su parte capitular, bajo la condición de que se le dejaria evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagages, y retirarse á Alicante y Cartagena. Desechó Suchet, como era de esperar, semejante propuesta, fijando en su lugar los artículos de una capitulación por el método general en iguales circunstancias, con solo la adición de canjear 2,000 hombres por otros tantos de los prisioneros que hubiese en la isla de la Cabrera ú otras partes. Reunió entonces Blake un consejo de guerra á que asistieron 12 gefes. Las opiniones fueron diversas, estando unos por la capitulación y otros por continuar la defensa. Verdaderamente en el estado á que se habian dejado llegar las cosas la resistencia era ya infructuosa, pues la militar no la permitia la naturaleza de la plaza, y para la popular no habia nada dispuesto, ni era posible prepararla, habiéndose dejado perder el tiempo en que debió hacerse.

Decidióse al fin D. Joaquin Blake por admitir la capitulación. Segun ella debian los enemigos respetar la religion y proteger las propiedades y los habitantes, no permitir pesquisa alguna en cuanto á lo pasado, y conceder tres meses de término á los que hubiesen de abandonar la ciudad con sus bienes y familia. Otorgábase al ejército salir con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, conservando los oficiales sus espadas, caballos y equipages, y los soldados las mochilas. También se convino en el cange propuesto.

La capitulación se firmó el 9 de enero, y el mismo dia ocuparon los enemigos la puerta del Mar y la ciudadela. Al siguiente dia salieron para Francia los españoles prisioneros y con ellos D. Joaquin Blake. El número de aquellos, incluso los 2,000 destinados para el cange que fueron camino de Alcira, lo hacen subir los franceses á 18,249 hombres, y los españoles lo limitan á 16,000. Nosotros nos inclinamos á la opinion de los primeros, atendiendo á la fuerza del ejército cuando se encerró en Valencia, y á la poca defensa que hizo en la plaza, que no pudo causar tantas bajas. El cange ajustado no tuvo efecto por no haberlo aprobado la Regencia del reino.

El 14 hizo su entrada en Valencia el mariscal Suchet, verificándola con gran pompa y á la cabeza de la mayor parte de sus tropas por la puerta de San José; al mismo tiempo que con el resto de ellas penetró por la de San Vicente el general Reille. El gobierno de Valencia se le confirió al general Robert.

Tan funesto fin tuvo la errada conducta observada por el general Blake, que aunque hombre recto é ilustrado, y muy propio para dirigir un estado mayor lejos del teatro de la guerra, carecia acaso de las prendas necesarias á un verdadero general en gefe, y que como decia Napoleon á ciertos oficiales rusos, no se adquieren con la mera lectura de autores militares. No sabemos si los muchos reveses que empañaron el brillo de la carrera militar de Blake serian resultado de la causa indicada, ó acaso de su mala estrella, pues sabido es el poder que ejerce en las acciones de los hombres esa inconcebible influencia que la ignorancia llama acaso, el ateo fortuna y el creyente juicios de Dios ó designios de la Providencia.

Luego que llegó á Francia D. Joaquin Blake le encerraron en Vincennes, cerca de Paris, como habian hecho antes con Palafox y con otros españoles distinguidos. ¡Indigno modo de tratar á varones tan ilustres! Allí hubiera finado aquel general su existencia, si la constancia de los españoles, y el tino de otros gefes quizás menos entendidos que él, pero ciertamente mas dichosos, no le hubieran abierto las puertas de

su prision en el año 14. Bien presagiaba él lo que le aguardaba, cuando dando parte á la Regencia del reino de la capitulacion de Valencia, decia: « Por lo que á mi me « toca... miro como determinada la suerte de mi vida, y así en el momento de mi « espatriacion, que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á Vuestra « Alteza que si mis servicios pueden haber sido gratos á la patria, y no hubieren des- « merecido hasta ahora, se digne tomar bajo su proteccion á mi dilatada familia. » Palabras muy sentidas que descubren un corazon recto, y que aun entonces, á pesar de la predisposicion que en su contra habia, produjeron favorable efecto viniendo de un general que en medio de sus errores é infortunios habia constantemente seguido la buena causa, que dejaba pobre y en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que respaldaba en muchas y privadas virtudes.

Los franceses celebraron con entusiasmo la posesion de Valencia, y Napoleon premió hasta con profusion á sus vencedores. Al mariscal Suchet le nombró por decreto de 24 de enero duque de la Albúfera, concediéndole en propiedad y perpetuamente la laguna de aquel nombre con la caza, pesca y dependencias, en premio de los últimos servicios y para dotacion de la nueva dignidad. Rico don y de los mas fructuosos que se pueden otorgar en España. Por decreto tambien de la misma fecha, queriendo Napoleon recompensar igualmente á los generales, oficiales y soldados del ejército de Aragon, mandó que se reuniesen á su dominio *extraordinario de España* (tales eran sus espresiones) los bienes de los situados en la provincia de Valencia por valor de 200 millones de francos, no consultando primero si para ello eran bastantes los llamados nacionales que alli pudiera haber, ni especificando en el caso contrario de qué deberia suplirse lo que faltase. De este modo no solo despojaba á José de los derechos que él mismo le habia dado cuando le hizo rey de España, sino que privaba á los interesados en la deuda pública que aquel habia reconocido ó contratado, de una de sus mas pingües hipotecas. El despótico emperador con la prosperidad desarrebobaba sus intentos respecto de España, y manifestaba terminantemente su resolucion de privar á José hasta de la sombra de autoridad que todavia le concedia.

Al dia siguiente de la rendicion de Valencia fueron desarmados los vecinos, siendo muchos conducidos á Francia, so pretesto de que eran provocadores de motin, y lo mismo, por órden especial de Napoleon, todos los frailes que pudieron haberse, que ascendieron á 4,500. Todavía mas: á cinco de ellos, los padres Rubet, Lledó, Pichó, Igual y Jérica los arcabucearon junto á Murviedro, y á otros dos en Castellon de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros que se



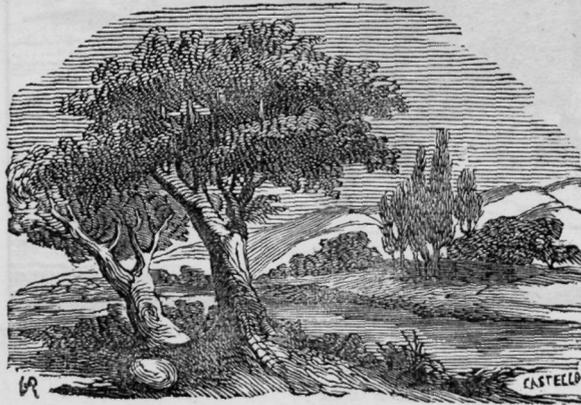
FUSILAMIENTO DE FRAILES.

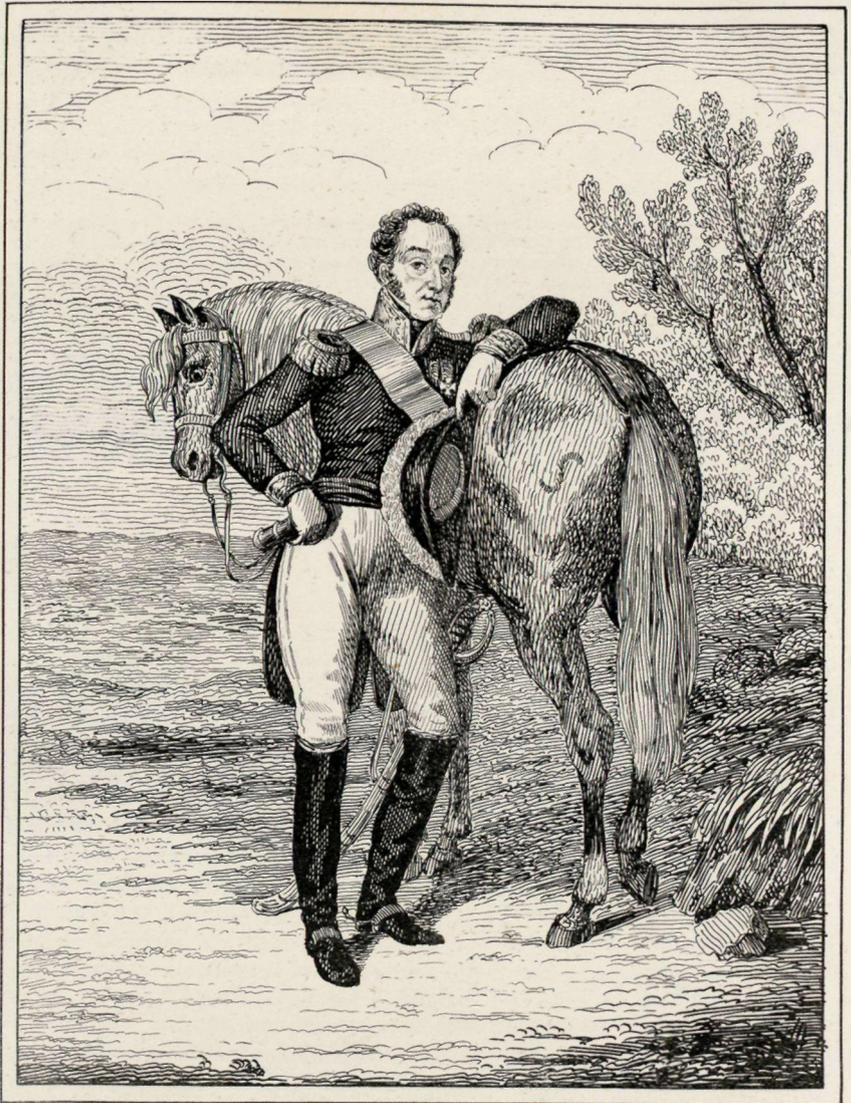
rezagaban de cansados. Así cumplía el falso y sanguinario frances la capitulación pactada.

Ahora como al principio se figuraban los franceses ser los frailes los promovedores del levantamiento y de la resistencia nacional, y por lo mismo se ensañaban en sus personas. Juicio hasta cierto punto errado, pues aunque en efecto hubo religiosos que tomaron parte honrosa en la causa de la patria, no fueron todos ni exclusivamente. En Valencia, con especialidad, el mayor número de ellos pensó más que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender su ajuar y alhajas, y en repartirse el producto; proceder escandaloso que justamente escitó el descontento y murmuración. El clero secular acogió bien á los invasores á imitación del prelado de la diócesis, el arzobispo Company, franciscano, que abandonando la ciudad en el momento del conflicto, permaneció escondido en Gandía durante el sitio, y volvió á Valencia después de conquistada, esmerándose en obsequios y lisonjas hácia Napoleon y sus huestes.

Es verdad que hasta de la población recibió Suchet mayores pruebas de afición que en otras partes, á lo que contribuyó mucho el inconcebible proceder de Blake y su tibieza con los moradores. No obstante esto, y á pesar de haber procurado Suchet, como diremos en otro lugar, introducir en la administración mejor arreglo que otros generales compatriotas suyos, no tardaron en levantarse por aquel reino varias partidas.

La lamentable pérdida de Valencia terminó la cuarta campaña, una de las más desastrosas de cuantas tuvieron lugar en la Guerra de la Independencia. Con ella concluimos la narración de los sucesos correspondientes al año de 1811, sucesos que hemos extendido hasta entrado el siguiente, por no dejar pendiente el resultado de un hecho tan triste como importante.





Perez. lit.

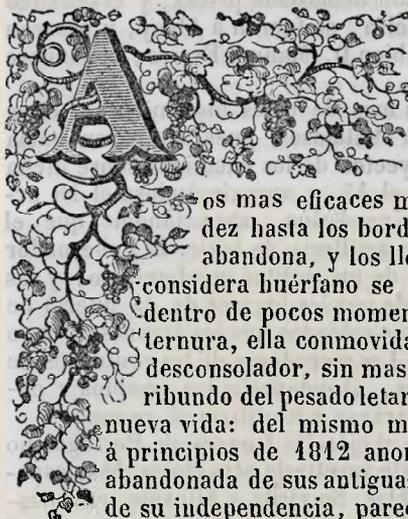
Lit^a de F. Perez J. Donon.

SUCHET.



CAPITULO XXVI.

Estado de la nacion al principiar el año 1812.—Nuevas esperanzas.—Fuerzas de los franceses en España.—Posicion de D. Nicolás Mahy.—Intiman los enemigos la rendicion á Alicante.—La rechaza su gobernador.—Se retiran los franceses.—Desastres que causan en su marcha.—Providencias adoptadas en Alicante.—Entran los franceses en Alcoy.—Intiman otra vez la rendicion á Alicante.—Responden de la plaza con la misma firmeza.—Toman los enemigos sin resistencia la plaza de Denia.—D. José Odonnell se encarga del mando interino de los restos de los ejércitos 2.º y 3.º—Entra el general Soult en Murcia.—Su horrorosa conducta en ella.—Muerte gloriosa de D. Martín de la Carrera.—Honores fúnebres que se le tributan.—Traicion del gobernador español de Peñíscola.—Entran en ella los franceses.—Cataluña.—Tentativa sobre Tarragona.—Glorioso ataque de Villaseca.—Combate de San Feliú de Codinas.—Accion de Altafulla.—Heroismo de dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña.—Entra Sarsfield en Francia y exige contribuciones.—Accion de Roda.—Otros varios reencuentros.—Napoleon divide la Cataluña en departamentos.—Confiere el mando supremo de ella al mariscal Suchet.—Encono de los catalanes por estas medidas.—Movimientos en Barcelona y Lérida.



si como la naturaleza, cuando de tiempo en tiempo quiere hacer un extraordinario alarde de su poder, se apodera del hombre, y superando la fuerza de su robusto temperamento y burlando los esfuerzos de la ciencia y la virtud de los mas eficaces medicamentos, le conduce con mas ó menos rapidez hasta los bordes del sepulcro; y entonces, cuando el arte ya le abandona, y los llorosos ojos de la que se cree viuda y del que se considera huérfano se vuelven tristemente á mirar la tumba en donde dentro de pocos momentos van á quedar sepultadas sus esperanzas y su ternura, ella conmovida, cual tierna madre, á la vista de un cuadro tan desconsolador, sin mas auxilio que el de su propio poder, arranca al moribundo del pesado letargo de la muerte y le infunde vigor y brios para una nueva vida: del mismo modo el ángel tutelar de España, al considerarla á principios de 1812 anonadada en sus infortunios, perdidas sus plazas, abandonada de sus antiguas colonias, y conmovidos ya todos los cimientos de su independencia, pareció compadecerse de ella y quiso reanimarla, y elevándose magestuoso sobre su horizonte, le mostró su faz mas risueña, infundiéndole nuevos brios y precipitando venturosamente la lisongera crisis de sus males. ¡Digno premio que el valor y la constancia española reclamaban! Es verdad que todavia tendremos desgracias que sentir, desaciertos que deplorar; pero en medio de ellos el signo de la victoria, que veremos siempre fijo sobre nosotros, alentará constantemente la halagüeña esperanza de ver el fin de nuestros infortunios. ¡Asi hubiera tambien el cielo confundido la mano que los hizo renacer!.... Pero no anticipemos sucesos; que harto tiempo tendremos para llorar los desmanes del despo-

tismo, los artificios de la perfidia: disfrutemos antes de los consuelos que nos ofrecerá la quinta campaña. Para prepararnos á examinar sus grandes y combinados movimientos, los cuales no tuvieron lugar hasta el promedio de este año, echemos una ligera ojeada por toda España, y veamos los acontecimientos parciales ocurridos en los primeros meses.

Aunque los franceses durante el año 1811 reforzaron sus ejércitos de España con mas de 50,000 hombres, la baja que les causaron nuestras armas y las tropas que ahora partieron habian reducido sus fuerzas en tales términos, que al tiempo de los sucesos que nos van á ocupar no tenian en la Península arriba de 240,000 combatientes. Entre los últimos llegados se contaban muchos conseriptos, habiendo en los primeros meses de este año marchado á Francia unos 14,000 veteranos, mientras 3,000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6,000 polacos del ejército de Aragon, estaban destinados al que se preparaba á obrar contra Rusia, cuya guerra parecia ya inevitable: primera ayuda que iban á tener nuestros esfuerzos, continuados con el teson que vamos á ver.

Las apremiantes órdenes de Napoleon á fin de que concurrieran fuerzas de Marmont en auxilio de Suchet para la conquista de Valencia, obligaron al primero á enviarle tres divisiones, dos de infantería y una de caballería, mandadas por el general Montbrun. Este llegó á Almansa el 9 de enero, y el 11 recibió aviso de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia, era innecesario el socorro; pero Montbrun, á pesar de esta noticia y de las terminantes órdenes que traía del mariscal Marmont, de que cualesquiera que fuesen los resultados de Valencia, se volviera á reunir á su ejército del 15 al 20 de enero, no quiso verificarlo sin efectuar antes alguna operacion que le proporcionára fama, y trató de sorprender y tomar á Alicante, creyéndola desamparada y abatida con la reciente pérdida de Valencia. Poco conocia aquel gefe, ni el carácter español, ni la decision y valor de los alicantinos cuando tan fácil se le hacia penetrar en sus muros.

Don Nicolás Mahy y las tropas que con él se retiraron despues del 26 de diciembre á las riberas del Júcar, abandonaron estas con demasiada priesa, y evacuando con la misma ligereza el importante punto de Alcira, se fueron á Alcoy, y pasaron en seguida unas á Alicante y otras á Elche. Tambien D. Manuel Freire, alejándose de Requena, se acercó á los mismos puntos.

Aunque poco gloriosos y menos atinados los mas de estos movimientos, ellos sin embargo, por una feliz casualidad resultaron ventajosos, pues agolparon hácia Alicante fuerzas bastantes para frustrar los proyectos de los enemigos sobre dicha plaza, á cuya vista llegó el general Montbrun el 15, y aproximándose el 16 arrojó en ella algunas granadas y le intimó la rendicion, anunciándole que el mariscal Suchet le seguia con todo su ejército y artillería de batir. El gobernador D. Antonio de la Cruz contestó con la firmeza de un militar pundonoroso, y las tropas de Montbrun se retiraron el 17, cometiendo por los lugares de la huerta de Alicante desórdenes capaces de avergonzar á otros soldados que los franceses, cuyo honor parecia cifrarse en el asesinato y la rapiña. Los moradores de los contornos de aquella plaza encerraron en ella todos los víveres, abandonaron los pueblos y caseríos, y se retiraron á la sierra, donde se prepararon á hostilizar al enemigo.

La incorporacion de la columna de Montbrun al ejército frances de Portugal no se verificó hasta el 25 del mismo mes de enero, sin resultarle otra gloria de su expedicion que el daño causado á los indefensos pueblos. Su visita á Alicante, entusiasmado á los moradores de aquella ciudad, los hizo dedicar con el mayor ardor á levantar sus fortificaciones hasta ponerlas en un brillante estado de defensa. Celebróse junta de generales, y se resolvió saliesen de la plaza las personas que, perteneciendo á los ejércitos 2.º y 3.º, no fuesen necesarias, y muchos oficiales escedentes, en consideracion á la corta fuerza de los cuerpos. Reorganizada la guarnicion, se puso á las órdenes del general ingles D. Felipe Roche la segunda seccion de la division de reserva de este ejército, que ofreció aquel vestir y pagar á costa del gobierno ingles, y se nombró segundo gobernador á D. José San Juan.

Aunque Suchet deseaba posesionarse de Alicante y Cartagena, desde cuyos puntos se le fomentaba la guerra, el resultado de la tentativa de Montbrun le hizo conocer que no era tan fácil y que necesitaba de mayores preparativos. Con esta convicción, tuvo que contentarse por entonces con mandar la división del general Arispe á Alcoy, villa interesante por sus fábricas de paños, de la que se apoderó sin encontrar la menor resistencia. La vanguardia de esta división, mandada por Delort, se estableció en Castellá, á seis leguas de Alicante, desde donde envió un parlamento á dicha plaza intimándole la rendición. El gobernador contestó con la misma energía que á Montbrun, y en cuanto á la reclamación del general frances sobre el cumplimiento del artículo de la capitulación de Valencia, que estipulaba el cange de 2,000 prisioneros, manifestó que de ningún modo estaba obligado á cumplir lo acordado por el general Blake cuando ya no tenía autoridad alguna en el distrito.

La división francesa al mando del general Habert ocupó á Gandía y á Denia, puerto de mar y plaza situada cerca del cabo Martín, enfrente de las islas Baleares. Sus fortificaciones, aunque endebles, estaban defendidas con 60 piezas de artillería. Su gobernador D. Esteban Echenique la abandonó sin hacer resistencia, en lo que algunos culpan á Mahy, pues habiéndole enviado 200 hombres de socorro, los retiró luego. Sin embargo, no deja de ser también reprehensible la conducta del gobernador, pues ya que creyese necesario abandonar la ciudad, debía haber sacado varios efectos é inutilizado la artillería; pero nada de esto hizo, y se lo dejó todo intacto al enemigo.

De este modo quedaron los franceses posesionados de casi todo el reino de Valencia y de parte del de Murcia, aniquilado también por la asoladora epidemia de la fiebre amarilla, cuyos estragos fueron horrorosos en el año anterior.

Después de tan no interrumpida serie de desgracias, las tropas que restaban del 2.º ejército y se habían retirado con las del 3.º, mandadas por D. Nicolás Mahy, y las que de este mismo habían ido con D. Manuel Freire á Requena, ó quedándose en la frontera de Granada, permanecieron estacionadas unas en Alicante y sus alrededores, y otras en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. Su número, incluso las guarniciones de las citadas últimas dos plazas, ascendía á unos 18,000 hombres. El mando de todas lo tomó interinamente D. José Odonnell, jefe de estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en este número, se separaron al terminar enero para regresar á Aragón, teatro constante de sus hazañas.

Todas estas tropas se vieron perseguidas no solo por Suchet y Montbrun, sino por fuerzas del ejército frances del mediodía, que acudieron con la esperanza del pillage. Estas postreras llegaron á vista de Murcia el 25 de enero. El 26 entró en ella el general Soult, hermano del mariscal y no menos codicioso que él. Impuso al vecindario una contribución tan crecida, que hacía imposible su realización; y como si todavía no fuera esto bastante quiso aumentar los males de la ciudad con sus festines, mandando se le preparase para aquel día en el palacio episcopal, donde se alojaba, un suntuoso y espléndido banquete. En medio de él, y cuando más entregado estaba á su intemperancia, cortó su sensual entretenimiento la voz de que los españoles habían entrado en la ciudad.

En efecto, D. Martín de la Carrera, apostado no lejos de la población con parte de la caballería del segundo y tercer ejército, después de reunir un trozo de la misma en Espinardo, á media legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 ginetes, mientras otros tenían orden de acometer al mismo tiempo por los demás puntos.

El sobresalto y la prisa con que el general Soult quiso acudir á remediar el peligro que le amenazaba, le hicieron caer y bajar rodando la escalera. Mas aunque bastante lastimado montó inmediatamente á caballo y le siguieron todos los suyos. No hicieron lo mismo los que debían acompañar á la Carrera, pues á escepción de los que él mismo capitaneaba, ó no entraron en la ciudad, ó retrocedieron luego por equivocación.



ALARMA DE SOULT.

cion ó desmayo. Tuvo de consiguiente el D. Martin que hacer frente solo con sus 100 hombres á fuerzas tan superiores como las que tenia el enemigo. No por eso se amilanó aquel ánimo esforzado, pues antes que consiguieran los contrarios estrecharlo, corrió varias calles, acuchillando y matando á cuantos encontraba. Duró largo tiempo la refriega, y no la terminó el frances sino á costa de mucha sangre; mas al fin, prisioneros ó muertos los soldados de la Carrera, quedó este solo y rodeado por seis de los enemigos en la Plaza nueva. Defendióse todavía mucho tiempo, mató á dos, y aunque gravemente herido de un pistoletazo y varios sablazos, sostúvose sin querer rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolas, donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo membrudo, de estatura elevada, de noble fisonomía, de arrogante y gentil apostura.

Aun duraba el combate, y ya habian los enemigos entregado á saco la ciudad de Murcia. Nada perdonaron, lo robaron todo y cometieron los mayores escesos, especialmente en el barrio del Cármen, despojando en la calle de sus propias vestiduras á la mismas mugeres, y no respetando ni aun el misero ochavo del mendigo. Llenos de un rico botín, y temerosos de que volviesen los nuestros, se retiraron aquella misma noche, y en Alcantarilla y en todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasias, haciendo tan odioso el execrable nombre del general Sault, como lo era en Sevilla y en toda Andalucía el de su codicioso hermano.

No fueron bastantes tantas lástimas para que los murcianos dejáran de pagar un tributo de gratitud al héroe insigne que murió por querer defenderlos; y al siguiente día hicieron los honores fúnebres al cadáver del inmortal D. Martin de la Carrera, y le sepultaron con toda la pompa que les permitia su triste situacion. Un mes despues celebró tambien en memoria del difunto solemnes exequias el general en gefe D. Jose Odonnell, dándose el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolas, en la cual terminó aquel caudillo sus dias peleando como valiente. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo del fallecimiento.

No terminaron aun los desastres en esta parte de la Península; y si aqui hemos tenido que lamentar en ella los desaciertos de los hombres y los rigores de la fortuna, ahora con mas razon y llenos de dolor lloraremos la mancilla del nombre español, afrentado por la traicion de un indigno militar.

Deseando Suchet acabar de poseer todo el reino de Valencia, destacó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Peñíscola.



MUERTE DE LA CARRERA.

Se eleva esta población sobre una empinada roca, mar adentro, á 120 toesas de la orilla, con la cual no comunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpadas y buenas obras rodean la plaza por todas partes, dominada interiormente por un castillo, y se asemeja en compendio por su natural fortaleza á Gibraltar. Cubren el istmo en los temporales las oleadas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allá, y paralelo á unas montañas vecinas, se estiende un marjal perenne, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, interrumpiendo con cortaduras la calzada que le atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no siendo dueños del mar. Tenia la plaza 1,000 hombres de guarnición y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas cañoneros españoles y buques de guerra ingleses. Era gobernador D. Pedro García Navarro, hecho prisionero en 1810 en el combate de Falset y escapado despues desde Francia.

Acercóse el general Severoli á Peñíscola el 20 de enero con cinco batallones, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas empezaron los enemigos á formalizar el sitio, situándose en las colinas y playas inmediatas. El 28 empezaron el bombardeo desde una batería de morteros distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1.º de febrero formaron la línea paralela de faginas y gabiones, que se prolongaba por detras de la inundación, y torcia á su extremo meridional para continuar lo largo de la costa. En el opuesto construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que los enemigos tenian que vencer para acercarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante, continuaron en sus trabajos.

Por aquellos dias un barco que los franceses habian armado en Denia apresó una lancha en la que el gobernador de Peñíscola dirigia al de Alicante un pliego, que, aunque arrojado al mar por el encargado de conducirlo, fué recogido por el enemigo y enviado inmediatamente á Suchet, el que sabedor por su contenido de la mala inteligencia que reinaba entre García Navarro y los ingleses, que deseaban entrar en Peñíscola para tomar parte en su defensa, envió á esta plaza al oficial de su estado mayor Prunel con las instrucciones convenientes. García Navarro se dió inmediatamente á partido, y de acuerdo con una junta militar que convocó, entregó al enemigo el 4 de febrero esta importante fortaleza con 74 cañones y una inmensa cantidad de municiones de boca y guerra. Escandalosa entrega, y todavia mas es-

candalosos los términos con que encabezó la capitulación. « El gobernador y la junta militar (decía), convencidos de que los verdaderos españoles son los que unidos al rey D. José Napoleon procuran hacer menos desgraciada su patria... » No sigamos mas tan infame documento. Las cláusulas espuestas bastan para juzgar al gobernador y á la junta. No paró aqui la criminal conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y para obtener los premios, honores y condecoraciones que recibió, escribió antes á Suchet entre otras cosas: « V. E. debe estar bien seguro de mí: la entrega de una plaza fuerte que tiene viveres y todo lo necesario para una larga defensa... es un garante de mis promesas... » Asi transmitia á la posteridad este degradado español su ominoso nombre cubierto con el baldon de la infamia; y para su eterna deshonra, y para que la memoria de D. Pedro García Navarro sea execrada mientras el honor no se destierre del mundo, se publicó su indigna carta en la *Gaceta de Madrid* del gobierno de José del 22 de marzo de 1812.

De un modo tan inesperado, y único en toda la guerra que nos ocupa, pasó á poder del enemigo una plaza inespugnable, y que contaba con todos los medios necesarios para resistirle mucho tiempo. Si los ingleses se hubieran presentado para guarnecer á Peñíscola antes de la toma de Valencia, es seguro que habrían sido recibidos con el mismo aprecio que en Tarifa; y segun el entusiasmo que entonces habia, hubiera el gobernador pagado con su cabeza la repulsa hecha á los aliados. Quinientos hombres decididos y algunas cañoneras bastaban para la conservacion de este pequeño Gibraltar. Su rendicion completó la de todo el reino de Valencia, á escepcion de la plaza de Alicante, quedando los enemigos dueños del camino real que guia á Tortosa, punto céntrico de su principal comunicacion con Cataluña y Aragon. Separémonos ya de un terreno que tantos males nos ha ofrecido, y busquemos en otros puntos mayores aciertos de la constante lealtad española.

El general Lacy, que continuaba en Cataluña trabajando con el mismo tino y actividad que espresamos antes, puesto de acuerdo con los ingleses y principales gefes de partidas, concibió, durante el sitio de Valencia, el proyecto de atacar á Tarragona, ya para distraer las fuerzas enemigas que sitiaban á la primera ciudad, ya tambien para ver si en efecto conseguia sorprender á la segunda y apoderarse de ella. Bloqueó á esta estrechamente al mismo tiempo que dos navios ingleses arrojaban en ella algunas bombas. Se reunieron en Reus escalas y demas preparativos para el asalto, y la escasez de viveres que se notaba en Tarragona dejaba esperar el buen éxito de la tentativa.

Avisado Suchet del peligro de la plaza trató de socorrerla, dando para ello las órdenes oportunas al general Musnier, que mandaba en las riberas del Ebro, hácia su embocadero; quien por su parte mandó al general Laffosse, comandante de Tortosa, avanzase mas allá del Coll de Balaguer y observase los movimientos de los españoles. Confiado este sobradamente, creyó que Lacy se habia alejado al saber la rendicion de Valencia, y participándosele asi á Musnier, prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de enero. La fuerza de Laffosse consistia en un batallon y 60 caballos. Con los últimos se metió en Tarragona, dejando á los infantes en Villaseca para que descansasen de su precipitada marcha. D. Luis Lacy, siempre en acecho para aprovechar los descuidos del enemigo, acometió á los últimos, logrando, á pesar de una obstinada y viva resistencia, desbaratarlos y coger casi todo el batallon con su gefe Dubarry. Cuando Laffosse quiso ir en socorro de los suyos, habianlos ya puesto en cobro los nuestros. En este glorioso combate se distinguieron el baron de Eroles y el comandante de coraceros Casasola.

Llamado entonces Lacy á otras partes, dejó en Reus á Eroles y marchó con D. Pedro Sarsfield la vuelta de Vich, adonde habia llegado el general frances Decaen. Al aproximarse los nuestros, evacuaron los enemigos la ciudad; y en San Feliú de Codinas se trabó un reñido choque. Al principio cayó en él prisionero Sarsfield; mas á poco le libertaron cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse precipitadamente.

Entretanto no estaban ociosos los quedados en Reus. Dos columnas, partidas de Barcelona á las órdenes de los generales Lamarque y Mauricio Mathieu, ocuparon el 22 de enero á Villafranca de Panades, disimulando sus fuerzas en términos que los españoles no pudiesen formar cabal idea de su número.

El baron de Eroles, que con poco mas de 4,000 hombres se habia vuelto á situar sobre Tarragona, levantó el bloqueo, y tomando posicion en las cercanias de Altafulla, esperó allí al enemigo, que se puso á su frente el 24 con cerca de 10,000 hombres. Los españoles, cuyo centro se hallaba en posicion sobre el camino real enfrente del puente del río Gaya que tenian cortado, con su reserva en las alturas de Tamarit, se sostuvieron por algun tiempo; mas recelando Eroles que podia ser envuelto por la columna de Lamarque, que maniobraba por su izquierda para flanquearle, y las tropas que suponía haber salido de Tarragona, tomó la retirada hácia Igualada, cuya operacion costó grandes esfuerzos, especialmente á dos compañías del batallón de cazadores de Cataluña, que se sacrificaron con un valor heróico para salvar la division, y lo consiguieron, arrojando riesgos y conteniendo el ímpetu del enemigo en un bosque cercano. Nuestra pérdida consistió en 500 hombres y dos piezas, no siendo tampoco corta la de los franceses.

Durante la accion de Altafulla hizo una salida la guarnicion de Tarragona, entró en Reus, destruyó los almacenes establecidos allí por los ingleses, y quemó todos los efectos acopiados para el sitio. A los dos dias entró en Tarragona el general Musnier con un convoy de víveres.

Repuesta á los pocos dias la division de Eroles, marchó por orden de Lacy al norte de Cataluña, via del Valle de Aran, para apoyar á D. Pedro Sarsfield, quien atrevidamente entró en Francia el 14 de febrero, siguiendo el Valle de Querol, y derrotando en Hospitalet á un batallón que trató de cortarle el paso. Recorrió el gefe español varios pueblos del territorio enemigo, exigió 50,000 francos de contribucion, y cogió mas de 2,000 cabezas de ganado y varios pertrechos de guerra.

Terminada la incursion de Sarsfield en Francia, se dirigió Eroles á Aragon, adelantándose hasta Benasque y Graus. Custodiaba aquellos sitios la brigada del general Bourke, perteneciente al llamado cuerpo de reserva de Reille, que despues de la conquista de Valencia habia vuelto atras, y tomado el nombre de Cuerpo de Observacion del Ebro. Atacó Bourke á Eroles en Roda, partido de Benavarre, el 5 de marzo, hallándole apostado en el pueblo, que se asienta en un monte erguido. Duró la refriega diez horas, y al cabo quedó la victoria por los españoles, teniendo los franceses que aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse, muy mal herido su general y con pérdida de cerca de mil hombres. Bourke se refugió en Barbastro, de donde pasó á Lérida temeroso de Mina. Llegada en su ayuda parte de la division de Severoli, que era otra de las del cuerpo de Reille, penetró esta en Cataluña en persecucion de Eroles, que burló su diligencia.

Otras varias acciones con mas ó menos éxito tuvieron lugar por el mismo tiempo en diferentes puntos del Principado, siendo de notar la que sobre la villa de Darnius sostuvo el 27 de febrero el teniente coronel D. Juan Rimbau con el primer batallón de San Fernando, quedando destruidos 500 infantes y 20 caballos contrarios. Lo mismo sucedió en otras refriegas empeñadas en abril, no lejos de Aulot y Llaneranas por Milans y Rovira. Iguales encuentros sostenian frecuentemente Fábregas, Gay, Manso y otros gefes. Los nuestros mantenian siempre con empeño la montaña de Abusa, lugar propio para instruccion de reclutas, y con el mismo cuidado la plaza de Cardona y la Seu de Urgel, desde cuyo punto su valiente gobernador D. Manuel Fernandez Villamil, observando el territorio frances, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban para incomodar á sus habitantes y sacar contribuciones, manteniendo asi sus tropas á costa del enemigo. Del lado de la mar continuaban en nuestro poder, y cada vez mas fortificadas, las islas Medas, gobernadas ahora por D. Manuel Llauder, que molestaba á los enemigos hasta con corsarios que salían de aquel impenetrable asilo.

Un nuevo suceso dió todavía mas fomento á la viva guerra del Principado. Napo-

leon, creyéndose ya dueño de él, espidió un decreto en 26 de enero dividiendo la Cataluña en cuatro departamentos, á saber: 1.º del Ter, capital Gerona; 2.º de Monserrat, capital Barcelona; 3.º de las bocas del Ebro, capital Lérida; y 4.º del Segre, capital Puigcerdá. Para llevar á efecto esta determinación, llegaron en abril á Barcelona varios empleados de Francia, y entre ellos Mr. de Chauvelin, encargado de la intendencia de los llamados departamentos de Monserrat y bocas del Ebro; y Mr. Treilhard, nombrado prefecto del de Monserrat, y el 15 del mismo mes los puso en posesion de sus puestos el general Decaen. Los mismos franceses se burlaban de tales disposiciones, y en cartas interceptadas decian: «Aquí deberían enviarse por diez años á lo menos, ejércitos y bayonetas, no prefectos.» A los catalanes por su parte despechaban mas estas medidas, pues veian en ellas, no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino la total pérdida de su antiguo nombre y naturaleza, y esto les hacia arrojarse á la pelea con mas ardor, resueltos á morir antes que consentir tan ignominioso cambio.

Aunque el general Decaen continuó al frente de Cataluña, confió el emperador la supremacia del mando de toda ella, como ya la tenia de una parte de la misma provincia y de Aragon y Valencia, al mariscal Suchet. Estos dos gefes se avistaron en Reus, ya para ponerse de acuerdo sobre las atribuciones de los mandos, ya tambien para adoptar los medios de impedir los desembarcos que se temian por aquellos costados. A estos recelos daba origen la noticia que tenian de una expedicion inglesa que procedente de Sicilia se dirigia á España, y de la que hablaremos cuando tratemos de la campaña general é importante que empezó en el próximo verano. Tambien inquietaban á los generales franceses los movimientos de Lacy hácia la costa y los rumores de conspiraciones en Barcelona y Lérida. En la primera de estas ciudades prendieron los franceses y castigaron á varios individuos, y en la última el gobernador Henriod, conocido de antemano como cruel y sanguinario, halló ocasion de satisfacer su perversa índole, con motivo de haberse volado un almacén de pólvora, de cuya esplosion resultaron muchas víctimas, y con el de abrirse una brecha en el baluarte del Rey. El general frances atribuyó este suceso no á casualidad, sino á secretos manejos de los españoles. Sospechas bien fundadas, si bien por fortuna nada pudo Henriod descubrir ni aclarar en el asunto.



CAPITULO XXVII.

Se prepara lord Wellington al sitio de Ciudad-Rodrigo.—Buena disposicion de los pueblos de Castilla.—Temeraria confianza del mariscal Marmont.—Sitio de Ciudad-Rodrigo.—La toman los ingleses por asalto.—Premian las córtés á lord Wellington.—Le distinguen tambien el gobierno y parlamento británico.—Preparativos para el sitio de Badajoz: le embisten los ingleses: formalizan el sitio.—Salida de los sitiados.—Se posesionan los ingleses del fuerte de la Picuriña.—Asaltan la plaza y la ganan con mucha pérdida.—Crueldades que ejecutan en el vecindario.—Recompensa la Regencia á lord Wellington.—Indebido acuerdo de las córtés.—Movimiento del mariscal Soult.—Se acerca el conde de Penne Villemur á Sevilla.—Frustradas tentativas del mariscal Marmont.—Lord Wellington en Fueneguinaldo.—Destruye Hill las obras de los franceses en el Tajo.—Eficaz cooperacion de los ejércitos españoles.—Espedicion del brigadier Morillo á la Mancha.—Ballesteros.—Accion de Cartama.—Combates de Osuna y Alora.—Accion de Bornos.—Gloriosa muerte de D. Rafael Cevallos Escalera.



DEJAMOS indicada en el año anterior la determinacion de lord Wellington de apoderarse de Ciudad-Rodrigo. Para el logro de su intento continuó en su acantonamiento de Frineda, tomando las disposiciones necesarias para realizarlo: juntó en Almeida el correspondiente par-

que de artilleria, y entre otros preparativos, instruyó algunas de sus tropas en los conocimientos del ingeniero y del zapador, de los que carecian bastante, como vimos en los dos últimos sitios de Badajoz. Destacó al general Hill hácia la Estremadura española, y situó á D. Carlos España y á D. Julian Sanchez en el Tormes para cortar las comunicaciones del enemigo por aquella parte. La buena disposicion de los pueblos de Castilla, elogiada justamente por el gefe británico, contribuyó eficazmente al éxito de la empresa, guardando tal fidelidad, que pasaron dias sin que supiesen los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Ayudó tambien á las ideas del lord la demasiada confianza del mariscal Marmont, que como tres meses antes hizo levantar el bloqueo de aquella plaza con solo la reunion de cuatro de sus divisiones al cuerpo del general Dorsenne, manteniendo sus tropas diseminadas en acantonamientos distantes entre si, contando siempre con que en cualquier apuro un movimiento igual al anterior le produciria los mismos resultados. Con la misma confianza destacó en auxilio de Suchet las tres divisiones del general Montbrun que dijimos antes, las cuales no regresaron hasta el 25 de enero, despues de estar ya Ciudad-Rodrigo en nuestro poder.

Instruido lord Wellington de estos pormenores, se aprovechó de ellos para formalizar el sitio de aquella plaza. Echó un puente sobre el río Agueda en Saelices, y el 6 de enero estaba ya todo preparado para empezar las operaciones; pero una fuerte nevada que cayó en la misma noche, impidió el movimiento del ejército aliado hasta el día 8.

Describimos la posición de Ciudad-Rodrigo cuando el sitio de 1810, tan honroso para las armas españolas. Desde entonces habían los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortaleciendo los principales edificios del arrabal, y el convento de Santa Cruz al nordeste, y levantando en el cerro ó sea teso de San Francisco un reducto que nombraron de Renand, en memoria del gobernador de aquel nombre que apresó D. Julian Sanchez.

Esta obra la ocuparon los ingleses la noche del 8 al 9, y por allí dirigieron los trabajos, siguiendo la misma dirección que tomaron los franceses en el cerco anterior. Establecieron los sitiadores la primera paralela en el mencionado teso, y pusieron tres baterías de á once piezas cada una. El 14 hizo el enemigo una salida; pero sin conseguir importante resultado. Por la noche rompieron los sitiadores el fuego contra la muralla, y abriendo los aproches, formaron la segunda paralela á 70 toesas de la plaza. Ayudó mucho al progreso del sitio la toma que el general Graham verificó el 15 del convento de Santa Cruz, con lo cual quedó protegida la derecha de los sitiadores. Cubrieron también su izquierda posesionándose la noche del 14 del convento de San Francisco, en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda paralela y sus comunicaciones, y no descuidando adelantar la zapa hasta la cresta del glasis.

Entretanto pensó Wellington que quizás convendría, antes de que se concluyeran del todo los trabajos, dar el asalto; por lo que asegurado, según el dictámen de los ingenieros, de que era posible abrir brecha solo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pusiese en ello todo empeño. Así se efectuó, y en la tarde del 19 hallóse ya apuntillado el muro de la falsabraga y el del cuerpo de la plaza. Además de la brecha principal, practicóse otra más á la izquierda de los aliados, por medio de una nueva batería situada en el declive que va del cerro al convento de San Francisco.

⁹⁰ Los sitiados procuraron retardar las operaciones del inglés de diversos modos; pero nada fué bastante á impedir el asalto.

Dispúsole Wellington, desechada que fué por el gobernador francés la propuesta de rendirse, y lo aceleró en consecuencia de las malas noticias recibidas de Valencia, y también por saber que reunía tropas en Valladolid el mariscal Marmont, quien desde Talavera y Toledo había llegado á principios de enero á aquella ciudad con parte de su ejército en busca de viveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad-Rodrigo.

Por tanto, el mismo día 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al anochecer se asaltase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas, á las órdenes del general Pack, estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional: debía la cuarta, guiada por Crawford, embestir la brecha pequeña y cubrir la izquierda del acometimiento de la más principal, cuyo asalto se había reservado á las tres columnas restantes bajo el general Picton. Dióse principio á la empresa, arrostrando los anglo-portugueses con toda serenidad los mayores peligros. Los franceses se defendieron con su natural denuedo; mas el buen éxito de los diversos ataques de los aliados los obligaron á ceder, y en menos de media hora quedó el inglés dueño de la plaza. Cayeron prisioneros 1,709 franceses y el comandante Barrie, que hacía de gobernador; los demás, hasta 2,000 que componían la guarnición, murieron en la defensa. Conservaron los aliados al entrar en la ciudad buen orden: su pérdida ascendió al todo á 1,500 hombres. Entre los muertos se contaron desgraciadamente los generales Mackinson y Crawford.

⁹¹ Ciento y nueve cañones montados, un tren entero de 44 piezas de artillería, con una inmensa cantidad de municiones de guerra, y un arsenal completo, fueron el



este
de la
debe

TOMA DE CIUDAD-RODRIGO.

En esta
de la
debe

fruto de esta conquista, una de la mas gloriosas para las armas aliadas, por haberse conseguido casi á presencia de un ejército enemigo de superiores fuerzas y en medio de los obstáculos que la crudeza de la estacion ofrecia.

Cuando Marmont quiso acudir en socorro de la plaza, ya la bandera española tremolaba en ella hacia tres dias, y las brechas estaban reparadas y en estado de defensa. Lord Wellington puso luego la ciudad en manos de D. Francisco Javier Castaños, y las córtes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugues, y por aclamacion concedieron al caudillo ingles la grandeza de España bajo el titulo de duque de Ciudad Rodrigo: el Príncipe Regente de Inglaterra le dió el titulo de conde, y la cámara le concedió una pension de 2,000 libras esterlinas, ordenando ademas que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malogrado general Crawford.

Aunque en la conquista de Ciudad-Rodrigo no tuvieron una parte activa las tropas españolas, coadyuvaron á ella estando en constante observacion del enemigo al otro lado del Tormes, mereciendo ser recomendados muy particularmente al gobierno el brigadier D. Carlos España y el coronel de lanceros D. Julian Sanchez, á quienes se concedió el grado inmediato.

Lord Wellington, aunque con su acostumbrado detenimiento, se propuso al fin sacar ventaja del alcanzado triunfo; y despues de destruir los trabajos del sitio de Ciudad-Rodrigo y de reparar las fortificaciones de esta y abastecerla de viveres, determinó moverse hácia el Alentejo y emprender el asedio de Badajoz. Para enganar la vigilancia de los enemigos, dispuso los preparativos con el mayor sigilo, y arreglado todo, empezaron á ponerse enmarcha las divisiones anglo-portuguesas, quedando solo una con algunos caballos en el Agueda. El lord salió el 5 de marzo, y el 11 sentó ya en Yelves su cuartel general.

En seguida mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua mas abajo de Badajoz; y pasando el rio su tercera y cuarta division, embistieron estas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo marzo: agregóse despues la quinta á su regreso de Castilla. La primera, sesta y sétima, con dos brigadas de caballería, avanzaron á los Santos, Zafra y Llerena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Sault, al paso que el general Hill marchaba con su cuerpo á Mérida y Almendralejo, para interponerse entre los mariscales Sault y Marmont, si, como

era de esperar, trataban de unirse. Coadyuvó á este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara.

El gobernador frances Philippon, no solo habia reparado las obras de Badajoz, sino que las habia mejorado, y aumentado algunas. Por esta razon pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba mas al descubierto y se hallaba mas defectuoso, batiéndole á distancia y esperando lo demas del valor de las tropas. Dicho ataque podia ejecutarse desde la altura en que estaba el reducto de la Picuriña, para lo que era necesario apoderarse de esta obra y unirla con la primera paralela: operacion arriesgada, de cuyo buen éxito dudó Wellington.

Con la copiosa lluvia que sobrevino desde el 20 al 25 creció tanto Guadiana, que se llevó el puente de barcas: demas de eso, el 19 hicieron los franceses una salida con 1,500 infantes y 40 caballos, y destruyeron muchos de los trabajos. Con todo, volvieron los ingleses á reponerlos con prontitud, y el 25 rompieron ya el fuego desde su primera paralela con 28 piezas colocadas en 6 baterias; 2 contra la Picuriña, y 4 para enfilar y destruir el frente atacado.

Al anochechar del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte defendido por 250 hombres, y le tomaron. Establecidos aqui los sitiadores, abrieron á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza la segunda paralela.

En esta se situaron baterias de brecha para abrir una en la cara del baluarte de la Trinidad, y otra en el flanco izquierdo del de Santa María, situado á la derecha del primero. Por este lado corre el Rivillas. Los enemigos, aprovechando esta oportunidad, prepararon una inundacion que se estendia á doscientas varas del recinto, y cuya esclusa la cubria el rebellin de San Roque, colocado á la derecha de aquel rio, y enfrente de la cortina de la Trinidad y San Pedro, en la cual tambien se trató de aportarillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada esclusa, quisieron asimismo apoderarse del rebellin; pero tropezaron con dificultades que no pudieron vencer de pronto.

El sitiador continuó sin parar sus trabajos hasta el 4 de abril, tratando por su parte de impedir sus progresos el gobernador Philippon, por todos los medios que le dictaban su valor y larga esperiencia.

La noticia del peligro de la plaza hizo á Soult moverse sobre Estremadura, aunque no ayudado todavia, como deseaba, por el mariscal Marmont: Wellington, al tiempo que se preparaba para presentarle batalla si se le acercaba, resolvió asaltar cuanto antes la plaza.

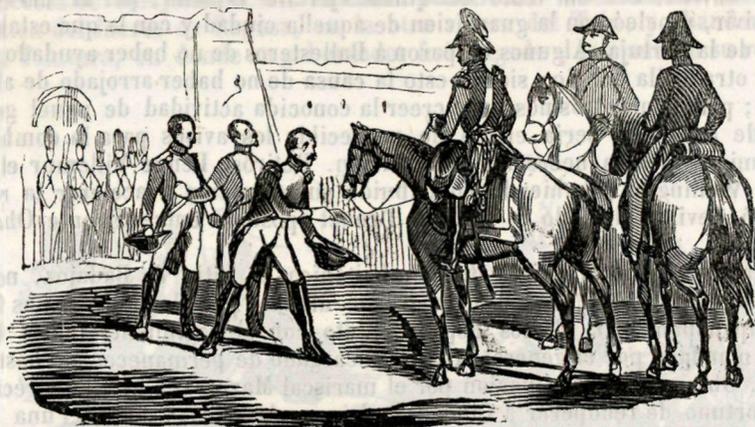
Ya entonces estaban practicables las brechas. La acometida debia verificarse por tres puntos: por el castillo, por la cara del baluarte de la Trinidad y por el flanco del de Santa María. Encargábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos á las divisiones dirigidas por el teniente coronel Bernard y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trincheras recibieron orden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division, al cargo de Leith, la de llamar la atencion del enemigo desde Pardaleras al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus brigadas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina hácia el rio.

Dióse principio á la embestida el 6 de abril á las diez de la noche, verificándola los ingleses con serenidad y denuedo, y escalando el castillo y entrándolo despues de obstinada resistencia. Posesionáronse tambien del rebellin de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas: mas en él se pararon, estrellándose contra la tenacidad del frances. Allí, apiñados, irresolutos, sin atender á la voz de sus gefes, ni marchar adelante ni atras, se dejaron acribillar largo rato con todo linage de armas y proyectiles.

Sobrecogido lord Wellington con semejante contratiempo, iba á ordenar la retirada para aguardar al dia, cuando le llegó la noticia de que Picton era ya dueño del castillo, y de que tambien habia tenido buen éxito el ataque dado por una de las brigadas de la quinta division al mando de Walker, la cual, aunque á espensas de

mucha sangre, incertidumbres y fatigas, habia escalado el baluarte de San Vicente y estendiéndose lo largo del muro. Afortunado incidente que, amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los desalentó, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y á apoderarse de ellas.

Conseguido esto por fin, rindióse prisionera la guarnicion enemiga. El general Philippon con los principales oficiales se encerró en el fuerte de San Cristóbal y capituló en la mañana siguiente. Ascendia la guarnicion francesa al principio del sitio á unos 5,000 hombres. Perecieron en él mas de 800. La pérdida de los ingleses, entre muertos y heridos, llegó á 4,900 combatientes, causada la mayor parte por los ataques de las brechas y por la indecision de sus tropas en los momentos mas criticos, en los que, como en otras ocasiones, la falta de táctica inutilizaba los esfuerzos del valor.



RECONQUISTA DE BADAJOZ.

Si el triunfo de Ciudad-Rodrigo honró al ejército anglo-portugues por la conducta observada en él, el conseguido en Badajoz se presentará siempre á la vista de la historia como padron de su infamia. ¡Tan inesperado, tan tirano fué su porte con los habitantes de la última desgraciada plaza! Los historiadores ingleses, para cobonestar, aunque inútilmente, la conducta de sus soldados en tan aciago dia, dicen que los naturales de Badajoz los esperaban con refrescos y regalos para mitigar su furia, como queriendo dar á entender que el vecindario tenia motivos para temer el enojo británico. ¿Pero cuales eran estos motivos? Se abstienen esos apasionados escritores de indicarlos, pues saben bien que no existia ninguno. Es verdad que los de Badajoz esperaban á los vencedores con refrescos y deseaban agasajarlos con cuanto tenian; pero esto era solo efecto de aquella nobleza de alma española que todo lo sacrifica por significar su gratitud, y animados de ella, querian los de aquella ciudad manifestar la suya á los que creian sus libertadores y amigos, bien agenos de encontrar en ellos, como despues vieron, á sus estafadores y verdugos. Mas de cien habitantes de ambos sexos mataron allí los ingleses. Duraron el saqueo y destrozo la noche del 6 y todo el siguiente dia, superando asi el sanguinario breton en codicia y crueldad á los mismos soldados franceses, que es cuanto se puede decir. Si es verdad que los generales ingleses, incluso Wellington, quisieron y no pudieron en tanto tiempo contener tamaño desenfreno, será necesario confesar que el soldado británico en su triunfo es mas temible que los mas indómitos y crueles habitantes de las selvas africanas.

La Regencia concedió la gran cruz de San Fernando al lord Wellington, merced que no reprobamos del todo; pero si la declaracion de las córtes dando las gracias al ejército ingles. ¡Debilidad y adulacion indignas de unas córtes españolas! No merece otra calificacion tan desacordada medida, sobre la que no nos estendemos mas por no esponernos á que las inspiraciones del honor patrio, tan cruelmente herido por las córtes de Cádiz en esta ocasion, arranquen de nosotros espresiones impropias de la gravedad de la historia...

Los ingleses entregaron la plaza de Badajoz al marques de Monsalud, general de la provincia de Estremadura.

El mariscal Soult, precipitando su marcha cuanto le fué posible, llegó á Villafra de los Barros el 8 de abril, desde donde la rendicion de Badajoz le hizo retroceder, siendo en la retirada atacada y arrollada su caballeria por la británica el dia 11.

Aprovechando la ausencia del mariscal Soult, se acercó el conde de Penne Villemur á Sevilla, con un trozo del quinto ejército español, por la derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnicion de aquella ciudad y con la que estaba en el convento de la Cartuja. Algunos culparon á Ballesteros de no haber ayudado á tiempo por la otra orilla del rio, siendo esto la causa de no haber arrojado de allí á los franceses; pero á nosotros nos hace creer la conocida actividad de aquel gefe que su falta de asistencia seria efecto de no recibir los avisos para la combinacion del movimiento con la necesaria anticipacion. Retiróse Penne Villemur el 10 por órden de Wellington, habiendo contribuido su operacion á acelerar la retirada de Soult á Sevilla, dejando al general Drouet apostado entre Fuente-Obejuna y Gualdacañal.

Con la partida de la quinta division británica al sitio de Badajoz, no quedaron mas tropas sobre Ciudad-Rodrigo que algunas partidas y las pocas fuerzas que acompañaban á D. Carlos España, junto con el regimiento ingles 1.º de húsares, mandado por el general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de marzo. Observada esta situacion por el mariscal Marmont á este le pareció momento oportuno de recuperar á Ciudad-Rodrigo y Almeida, y de hacer una excursion en Portugal, procurando mejorar el estado de su distrito antes de acudir al socorro de Badajoz que, como correspondiente al mariscal Soult, no llamaba tanto su atencion, pues las rivalidades de los mariscales franceses, impidiéndoles proceder con la armonía que las circunstancias exigian, favorecian muchas veces á nuestras armas.

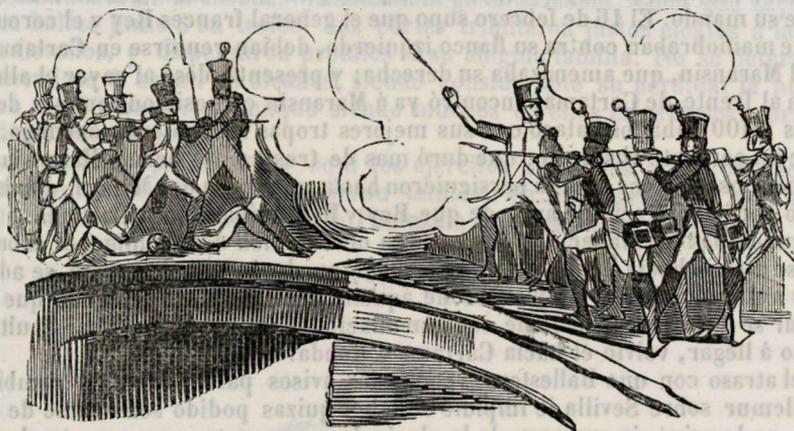
En prosecucion de su pensamiento partió Marmont de Salamanca con 20,000 hombres, entre los que se contaban 4,200 ginetes. Intimó sin fruto la rendicion á Ciudad-Rodrigo, y dejándola bloqueada, embistió á Almeida el 5 de abril con el grueso de sus fuerzas, intentando tomarla por asalto, mas la resistencia que encontró en ella le hizo desistir de su intento. Apurado en sumo grado se vió en esta ocasion D. Carlos España, situado en las inmediaciones de Ciudad-Rodrigo, y solo á espensas de actividad y trabajo pudo evitar su ruina y reunirse á las milicias portuguesas llegadas á las riberas del Coa. El mayor general Alten se vió tambien perseguido por la vanguardia de Marmont hasta Castelbranco, en donde entraron los franceses el 12; pero habiendo sabido el mariscal el 14 que Wellington se aproximaba, tuvo que retroceder, y levantando el bloqueo de Ciudad-Rodrigo, volvió á Salamanca, sin haber sacado otro fruto de su expedicion que algunas ligeras ventajas sobre las milicias portuguesas.

Lord Wellington estableció su cuartel general en Fuenteguinaldo, acantonando sus tropas entre el Agueda y el Coa, y para asegurar su plan de campaña determinó embarazar y aun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo en Estremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses habian suplido en Almaraz el puente de piedra, antes volado, con otro de barcas, y afirmádole en ambas orillas del Tajo con dos fuertes denominados Napoleon y Ragusa. Añadiendo á estas obras la reedificacion y fortaleza de un cas-

tillo antiguo situado en el puerto de Miravete, á una legua del puente, y único camino de carruages.

Destinó Wellington para esta empresa al general Hill, que seguía mandando el cuerpo aliado encargado de maniobrar á la izquierda del Tajo. Le acompañó en su marcha el marqués de la Alameda, individuo de la junta de Estremadura, de quien lo mismo que del pueblo recibió mucha ayuda el general Hill.

Llegó este al amanecer del 49 de mayo á las inmediaciones del puente de Almaraz; y dividiendo sus tropas en tres columnas de ataque, marchó la de la izquierda contra el castillo de Miravete, la de la derecha contra las obras del puente y la del centro contra el desfiladero. La marcha fué penosa, y no pudiendo por lo quebrado del terreno hacer uso los ingleses de su artillería, la columna de la derecha asaltó bizarramente el fuerte de Napoleon, situado sobre la ribera izquierda del rio, y á pesar de la tenaz resistencia de sus defensores, fueron arrollados por los ingleses hasta lo último del puente, que cortado por la otra parte hizo que muchos de los franceses se arrojárán al rio, en donde perecieron. Este desastre intimidó á la guarnicion del fuerte de Ragusa, en la otra ribera del Tajo, y abandonándolo se retiró á Talavera, en donde su gobernador fué juzgado y fusilado de su resulta.



COMBATE EN EL TAJO.

Los almacenes, 48 piezas de artillería, 250 prisioneros, un estandarte y muchos pontones quedaron en poder de los aliados, los cuales destruyeron el puente y volaron todas las fortificaciones y oficinas de ambos fuertes: los ingleses tuvieron 33 muertos y 43 heridos. Al castillo de Miravete resguardó su posición, que lo ponía á cubierto de una sorpresa. Su guarnición la salvó dos días después el general Darmagnac, del ejército francés del centro, viniendo por la Puente del Arzobispo. Este triunfo de los aliados privó á los franceses de la mejor comunicación entre su ejército del mediodía y el que llamaban de Portugal.

Aunque los ejércitos españoles no pudieron cooperar mas que con pocas tropas á los triunfos del aliado, no por eso merecen la injusta crítica con que la ingratitud y la malicia han querido oscurecer sus glorias y ocultar la mucha parte que en ellos tuvieron; pues haciendo la guerra en sus respectivos distritos, ocuparon la atención de mas de 150,000 franceses, prestando de este modo al ejército anglo-lusitano tal cooperación, cuanto que sin ella ni hubiera podido reconquistar á Ciudad-Rodrigo y Badajoz, ni aun sostenerse en Portugal, sin embargo de las triples líneas de Torres-Vedras. Ellos no dejaron nunca de pelear, y llamando constante-

mente la atencion del enemigo por todas partes, prepararon con sus sufrimientos, con su valor é inimitable constancia los triunfos del lord Wellington, allanándole la senda de la victoria.

Bien lo conocia el digno caudillo británico; y mas justo que sus aduladores, hizo vestir y equipar al quinto ejército, que á las órdenes del general Castaños, aunque mal vestido y falto de recursos en medio de la crudeza de la estacion, habia contribuido tan eficazmente al buen éxito de sus operaciones, observando siempre á las tropas del mariscal Marmont durante los sitios de Ciudad-Rodrigo y Badajoz.

Ni se limitó á esto solo la cooperacion del 5.º ejército en aquellas circunstancias, pues antes de la expedicion del conde de Villemur sobre Sevilla, ya mencionada, verificó otra el brigadier D. Pablo Morillo, que á la cabeza de una division de todas armas salió de Montanechez el 5 de enero con direccion á la Mancha, y llegando el 40 á Agudo, se dirigió en seguida el 12 á atacar la guarnicion enemiga de Ciudad Real, que á su misma vista se puso en fuga; y destruyendo los de Morillo las obras de defensa que tenian construidas alli los franceses, marcharon el 16 á atacar la guarnicion de Almagro; mas cargados por fuerzas superiores en el camino de Manzanares, tuvieron que retirarse, siguiendo su movimiento retrógrado hasta Trujillo, adonde llegaron felizmente el 30 reuniéndose otra vez al grueso del ejército.

A la sazón el general Ballesteros, que habia tomado el mando del 4.º ejército, desplegaba tambien la mayor actividad en perseguir á los enemigos en todo el territorio de su mando. El 16 de febrero supo que el general frances Rey y el coronel Berton, que maniobraban contra su flanco izquierdo, debian reunirse en Cartama con el general Maransin, que amenazaba su derecha; y presentándose al rayar el alba de dicho dia al frente de Cartama, encontró ya á Maransin en posicion con mas de 2,000 infantes y 400 caballos: atacó con sus mejores tropas la izquierda enemiga, y despues de un combate obstinado, que duró mas de tres horas, herido Maransin, cedió el campo á los nuestros, que le persiguieron hasta una legua de Málaga, donde hicieron alto por haber recibido aviso de que Rey y Berton iban sobre Cartama.

Algunos dias permaneció Ballesteros en observacion del enemigo, al cabo de los cuales se dirigió hácia las llanuras de Sevilla, y apoderándose de Utrera, se adelantaron sus avanzadas hasta las puertas de aquella capital; pero sabiendo que Penne Villemur se habia ya alejado de sus inmediaciones, y que el mariscal Soult estaba próximo á llegar, volvió él hácia Cartama y Ronda.

Si el atraso con que Ballesteros recibió los avisos para obrar en combinacion con Villemur sobre Sevilla le impidió el haber quizas podido señorearse de aquella capital, no le privó sin embargo de la gloria de escarmentar nuevamente al enemigo el 14 de abril en Osuna y Alora. En la primera poblacion se peleó en las calles, llegando los franceses á verse tan apretados, que tuvieron que encerrarse en el fuerte que habian construido, picándoles de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza, á las órdenes de su valiente gefe D. Rafael Cevallos Escalera. Y en Alora atacó al general Rey, que se hallaba alli con 800 hombres, le desbarató, le cogió los bagages, dos cañones y 250 prisioneros. Lo mismo sucedió el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia del mismo Ballesteros al cargo de Don Juan de la Cruz Mourgeon; la cual en una sangrienta y porfiada refriega, llevada hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios y le causó una grave pérdida.

Tales y tan repetidas escursiones, marchas y embestidas, junto á lo que amagaba por Estremadura y Castilla, pusieron en sumo cuidado al mariscal Soult, quien temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y cortase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas del sitio de Cádiz, se propuso asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como punto muy importante, á Bornos. Estaba alli acantonado el general Corroux con una division fuerte de 4,500 hombres. Ballesteros trató de impedir los progresos de estas fortificaciones, y por medio de una sigilosa y bien dirigida marcha, que emprendió desde el campo de Gibraltar en la mañana del 1.º de junio, despues de haber

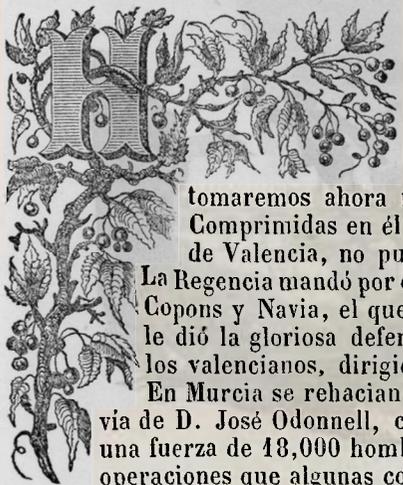
pasado el Guadalete sin ser visto, acometió á los franceses en Bornos mismo. Embistieron valerosamente los primeros D. Juan de la Cruz Mourgeon y el príncipe de Anglona con la vanguardia y tercera division. La victoria se inclinaba ya á nuestro favor; mas cuando desgraciadamente la izquierda, que mandaban Don José Aymerich y el marques de las Cuevas, se propagó el desmayo á las demas tropas, aumentándose con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y con el avance de su caballería, superior en número á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. A pesar de todo lograron las fuerzas de Ballesteros repasar el rio, si bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció mucho el repliegue D. Luis del Corral, que dirigia la caballería, portándose con conocimiento y valor: tambien se distinguió allí D. Pedro Agustín Giron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso del Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en particular del regimiento asturiano de Infiesto. Pero sobre todo debe hacerse honrosa mencion de la heróica conducta de D. Rafael Cevallos Escalera, ya justamente elogiado antes, quien mandando el batallon de granaderos del general, aunque herido en un muslo, siempre á la cabeza de su cuerpo, disminuido con bastante pérdida, avanzó de nuevo, recobró por si mismo una pieza de artillería, sostúvola, y cuando vió cargaban muchos enemigos sobre el reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido asíóse á una de las ruedas de la cureña, y defendióle gallardamente, hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las córtes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos, y dispensaron premios á su afligida familia. No se determinaron los enemigos á seguir el alcance, siendo considerable su pérdida: la nuestra ascendió á 1,500 hombres, aunque siendo muchos de ellos estraviados, tornaron despues á sus banderas.

De este modo cooperaban por aqui los ejércitos españoles á las operaciones del aliado. Veamos ahora cómo lo hicieron tambien en estos primeros seis meses del año los de los demas puntos de la Peninsula que nos falta recorrer en ellos.



CAPITULO XXVIII.

Segundo distrito.—Se confiere el mando de la provincia de Valencia al general Copons.—Partidarios en la Mancha.—Guerrillas en Valencia.—El Empecinado.—Ataque en Sigüenza.—Accion del Rebolllar.—Alevosía de Albuin.—Accion de Cuenca.—Combate de Masegoso.—D. Ramon Gayan acomete á Calatayud.—D. José Duran: se posesiona de Soria: embiste á Tudela y toma la artillería de los franceses.—Ataque de Aranda de Duero.—Quinto distrito.—Regalo del Príncipe Regente de Inglaterra al partidario Palarea.—Sesto distrito.—Evacuan los franceses á Asturias.—El general Castaños en Galicia: su proclama.—Ocupan y evacuan otra vez los enemigos á Asturias.—Toma el mando del 6.º ejército D. José María Santocildes.—Sétimo distrito.—Operacion de D. Juan Diaz Porlier.—Partidarios de Cantábría.—Renovales, el Pastor y Longa.—Fusilan los franceses cuatro vocales de la junta de Burgos.—Venganza de Merino.—Decretos de Napoleon.—Mina: combate con el general Abbé.—Toma de Sangüesa.—Gloriosa accion de Arlaban.—Combate de Ormaestegui.—Accion de Santa Cruz de Campezu.—Sensible muerte del brigadier D. Gregorio Cruchaga.—Segunda accion en Santa Cruz de Campezu.—Mina queda herido.—Sus disposiciones administrativas.—Reflexiones.



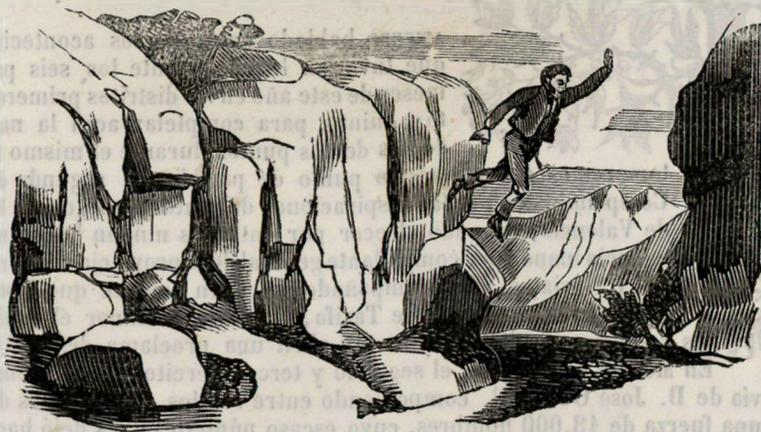
HABIENDO hablado antes de los acontecimientos que tuvieron lugar durante los seis primeros meses de este año en los distritos primero, cuarto y quinto, para completar aquí la narracion de los demas puntos durante el mismo tiempo, tomaremos ahora nuestro punto de partida del segundo distrito. Comprimidas en él las inspiraciones del entusiasmo desde la caida de Valencia, no pudo ofrecer por entonces ningun hecho notable. La Regencia mandó por comandante general de la provincia á D. Francisco Copons y Navia, el que acompañado del buen nombre que justamente le dió la gloriosa defensa de Tarifa, trató de reanimar el espíritu de los valencianos, dirigiéndoles en abril una proclama desde Alicante. En Murcia se rehacian el segundo y tercer ejército, á las órdenes todavía de D. José Odonnell, componiendo entre los dos, segun antes dijimos, una fuerza de 18,000 hombres, cuyo escaso número no les dejó hacer mas operaciones que algunas correrías por la parte de Granada y la Mancha, las cuales, aunque sin resultados importantes, inquietaban siempre al enemigo. El comandante de la provincia de Jaen D. Antonio Porta, dependiente de estos ejércitos, cogió el 5 de abril, entre Bailen y Guarroman, parte de un numeroso convoy que iba de Madrid á Sevilla. Distinguianse tambien por aquellos puntos el partidario D. Bernardo Marquez, y hácia la Carolina D. Juan Baca, segundo de D. Francisco Abad (Chaleco), quien continuaba en la Mancha sus empresas. En esta provincia seguia mandando D. José Martinez de San Martin, y hostilizando constantemente al enemigo solia refugiarse en las montañas ó en Murcia; habiendo rechazado en la ciudad de Chinchilla á una columna francesa que le perseguia.

La division española que dijimos antes se formaba en Alicante, equipada á costa del gobierno británico, y mandada por el general Roche, ingles al servicio de España, estaba destinada á reforzar el segundo y tercer ejército, y lo mismo otra de la misma clase que organizaba en Mallorca el general Whittingham: tambien se esperaba para obrar de acuerdo con ambos ejércitos la expedicion anglosiciliana mencionada arriba.

Ayudaban tambien á las mismas tropas algunas guerrillas que empezaban á formarse en las cercanias de Valencia, especialmente la del Fraile, denominada asi por capitanearla el franciscano descalzo Fr. Asensio Nebot, que molestaba bastante al enemigo con embestidas y sorpresas.

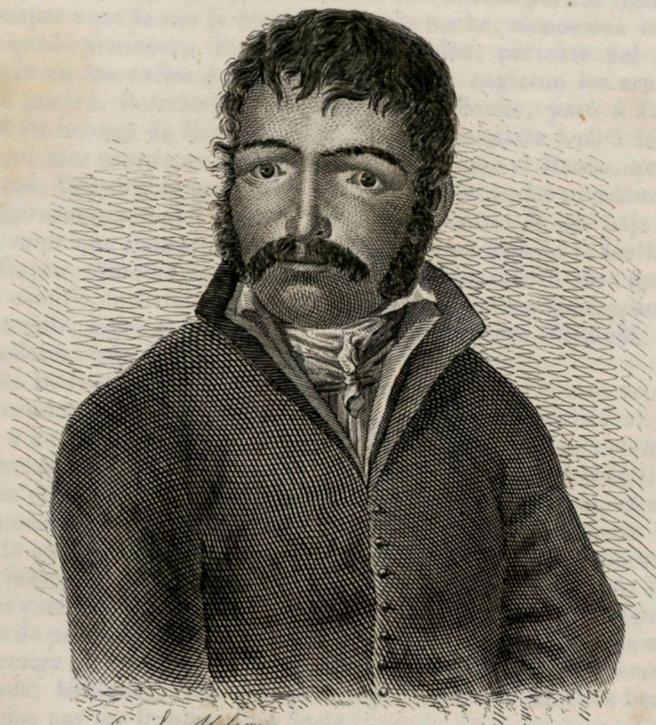
Pero las partidas que seguian siempre infatigables en su continuo pelear eran las tan nombradas como famosas del Empecinado, Villacampa y Duran, pertenecientes todas ellas á este segundo distrito. El conde del Montijo, á quien Blake habia nombrado gefe de las tres, dejó su mando luego que se rindió Valencia, y se incorporó á las reliquias de aquel ejército, con lo que quedaron gobernándose por sí los mencionados caudillos segun ellos deseaban, siendo esto en verdad lo mas conveniente á su modo de hacer la guerra. Los límites á que debemos sujetarnos no nos permiten enumerar las infinitas acciones de estos tres activos partidarios, por lo que solo indicaremos algunas de ellas.

El 6 de febrero avanzaron los enemigos y se aproximaron á Sigüenza, en donde á la sazón se hallaba el Empecinado, que los cargó con bizarría y los hizo retroceder hasta Mirabueno; pero habiendo recibido allí los franceses un considerable refuerzo, volvieron al dia siguiente sobre Sigüenza, y haciéndoles cara D. Juan Martin se rompió un vivo fuego por ambas partes en el monte llamado del Rebollar, en donde cargados los españoles por una fuerte columna de caballería enemiga mandada por el general Gui, tuvieron que retirarse en desorden con pérdida de 1,200 hombres, estando para ser cogido el mismo Empecinado en



SALVACION DEL EMPECINADO.

persona, quien solo se salvó echándose á rodar por un despeñadero abajo. Achacaron algunos este descalabro á una alevosía de su segundo D. Saturnino Albuin, llamado el Manco; y parece que con razon, si se atiende á que hecho prisionero este, tomó partido con los enemigos, borrando el brillo de su anterior conducta. Ni paró en esto el traidor porte del Manco, sino que quiso ademas seducir al D. Juan Martin y á otros compañeros, aunque en balde, y á levantar partidas que denominaron



Comelo Habern

El Brigadier D. Juan Martin

conocido por el Empecinado.

La primera parte de este libro trata de la historia de la agricultura en España, desde los tiempos más antiguos hasta el presente. En esta parte se describen los diferentes cultivos que se han practicado en nuestro país, y se exponen las causas que han producido su aumento o disminución. También se trata de las mejoras que se han hecho en el cultivo de la tierra, y de los instrumentos que se usan para ella.

En la segunda parte se trata de la agricultura en el extranjero, y se comparan los diferentes sistemas que se practican en los diferentes países. Se describen los cultivos que se hacen en cada uno de ellos, y se exponen las causas que los producen.

En la tercera parte se trata de la agricultura en el presente, y se exponen las causas que han producido su estado actual. Se describen los diferentes cultivos que se hacen en España, y se exponen las causas que los producen. También se trata de las mejoras que se han hecho en el cultivo de la tierra, y de los instrumentos que se usan para ella.

En la cuarta parte se trata de la agricultura en el futuro, y se exponen las causas que han producido su estado actual. Se describen los cultivos que se hacen en España, y se exponen las causas que los producen. También se trata de las mejoras que se han hecho en el cultivo de la tierra, y de los instrumentos que se usan para ella.



En la quinta parte se trata de la agricultura en el futuro, y se exponen las causas que han producido su estado actual. Se describen los cultivos que se hacen en España, y se exponen las causas que los producen. También se trata de las mejoras que se han hecho en el cultivo de la tierra, y de los instrumentos que se usan para ella.



de *contra-Empecinados*; las cuales no correspondieron á las esperanzas del enemigo, pues los soldados se pasaban á nuestro mando en cuantas ocasiones se les presentaban.

D. Pedro Villacampa despues que por la rendicion de Valencia regresó á Aragon, escarmentó allí durante el marzo á los generales Palombini y Pannetier en Campillo, Ateca y Prohondon, y uniéndose luego con el Empecinado amenazaron juntos á Guadalajara. Marchó luego otra vez Villacampa á Aragon, teatro predilecto de sus empresas, dirigiéndose el Empecinado á Cuenca, en donde entró á viva fuerza el 9 de mayo: batió la guarnicion enemiga y la obligó á encerrarse en la casa de la inquisicion y en el hospital de Santiago, puntos ambos fortificados por los franceses, y de donde pudo escapar aquella con la oscuridad de la noche, menos una compañía de zapadores que quedó prisionera. El baron Hugo Nardon, pariente del intruso rey José, fué muerto en las calles de Cuenca, en donde cogieron los españoles muchos efectos de guerra. Retirándose de allí D. Juan Martin, pasó á Cifuentes, y hallándose el 24 en la vega de Masegoso, dudaba si aguardaria ó no á los enemigos que se acercaban; mas sabedores sus soldados de que venia el Manco, quisieron pelear á todo trance. Despues de un reñido choque vencieron los nuestros é hicieron huir al Manco apresuradamente; pues los remordimientos de su baja traicion le amenguaron el valor que siempre mostrado habia en las filas de la lealtad.

D. Ramon Gayan, tambien partidario de este distrito, estuvo para apoderarse el 29 de abril del castillo de Calatayud, muy fortificado por los franceses; y aunque no lo pudo conseguir, logró al menos coger á su comandante Favalelli y á 60 soldados que se hallaban á la sazón en la ciudad.

El acreditado D. José Duran continuaba haciendo la guerra con su acostumbrada actividad, y determinado á posesionarse de Soria, en la noche del 47 al 48 de marzo se aproximó á aquella ciudad con 5,000 hombres y 5 piezas de artilleria. En la misma noche descargó un fuerte temporal, mas en medio de la crecida lluvia atacaron los españoles el recinto en tres columnas por la parte del arrabal: el enemigo se resistió valerosamente desde un atrincheramiento interior por espacio de cuatro horas; mas al fin le obligaron los nuestros á abandonar la ciudad y encerrarse en el castillo con una fuerza de 600 hombres. Duran mandó demoler parte de la muralla, cuatro conventos y un hospital, para que en adelante no sirvieran de abrigo á los franceses, y despues de permanecer siete dias en la poblacion, sabiendo que se acercaba una division enemiga para socorrer á los encerrados en el castillo, ordenó prudentemente su retirada, habiendo dado con su arrojó libertad á muchos buenos españoles encarcelados por los franceses en Soria.

Incansable este intrépido gefe en sus fatigas, concibió el proyecto de inutilizar ó apoderarse de un parque de artilleria gruesa que habia en Tudela de Navarra perteneciente al enemigo, quien tenia en aquel punto una guarnicion de 4,000 infantes, apoyada por una division de 5,000 peones y 700 ginetes situada en Egea. El 28 de mayo embistió Duran á Tudela, la que tenian los franceses bien fortificada, mas todo cedió á la intrepidez de los nuestros, que asaltaron la ciudad en dos columnas, por el Carmen Descalzo y la Misericordia, y á las inmediatas órdenes de los tenientes coroneles D. Juan Antonio Tabuenca y D. Domingo Murcia, llegaron hasta la plaza de los Toros, donde se hallaba dicho parque. El enemigo, arrollado y perseguido por todas partes, lo abandonó todo para encerrarse en el fuerte: 48 piezas de artilleria de grueso calibre fueron enteramente inutilizadas: los nuestros se llevaron seis, quemaron todos los carros de municiones, y todas las cureñas y demas efectos y combustibles: hicieron 426 prisioneros y libertaron á 86 españoles que tenian presos los enemigos, los cuales tuvieron ademas un considerable número de muertos y heridos.

Siguiendo Duran la carrera de sus triunfos, atacó la guarnicion de Aranda de Duero el 4 de junio, á la que obligó tambien á encerrarse en sus puestos fortificados: empleó todo el dia 15 en batir á los que se parapetaron en el palacio del obispo, los cuales durante la noche consiguieron reunirse con los de los fuertes; y

Duran, que no llevaba artillería para batirlos, y supo también que los generales Paris y Palombini se internaban en el ducado de Medinaceli, desistió del empeño de rendir la guarnición de Aranda, y marchó al encuentro de aquellos. El resultado de esta tentativa fué matar al enemigo 300 hombres, hacerle 48 prisioneros, libertar á unos cuantos holandeses, que habiéndose pasado á los españoles fueron despues aprehendidos por el enemigo, y salvar á 7 de los dependientes de la junta de Burgos, á los que amenazaba una próxima muerte.

Aunque hemos contado ya los sucesos del quinto distrito en estos seis primeros meses, añadiremos aquí que entre los partidarios que obraban en él seguía distinguiéndose hácia tierra de Toledo el médico Palarea, el cual recibió del Príncipe Regente de Inglaterra, por mano de lord Wellington, un sable, en prueba de admiración por su valor y constancia.

El ejército del 6.º distrito contribuyó mucho con sus movimientos á acelerar la evacuación de Asturias, verificada nuevamente á últimos de enero, en virtud de órdenes de Marmont, apurado con el sitio y toma de Ciudad-Rodrigo. La salida de los franceses del principado fué sumamente penosa, ya por las muchas nieves, y ya por las continuas molestias que les causaban los paisanos, las tropas asturianas y D. Juan Diaz Porlier, que los hostilizó con la caballería, cogiéndoles bagages y muchos rezagados. También perecieron bastantes hombres, dinero y efectos á bordo de cinco trincaduras que tripularon los enemigos en Gijón, de las cuales se fueron cuatro á pique bajo un recio temporal.

Por lo demas la crudeza de la estación no le permitía al 6.º ejército emprender ninguna seria operación. Continuaba todavía á su frente D. Francisco Javier Abadía, conservando siempre el mando supremo el general Castaños, que, según indicamos, gozaba también el del quinto y sétimo ejército.

Trasladóse este último gefe á Galicia, yendo de Ciudad-Rodrigo por Portugal, y llegó á aquel distrito á principios de abril. Para alentar con su presencia á los habitantes, juzgó del caso no solo tomar providencias militares y administrativas, sino también halagar los ánimos con la deleitable perspectiva de un mejor orden de cosas. Deciales por tanto en una proclama datada en Pontevedra á 14 de abril... «Mi buena suerte me proporciona ser quien ponga en ejecución en el reino de Galicia la nueva constitución del imperio español, ese gran monumento del saber y energía de nuestros representantes en el congreso nacional, que asegura nuestra libertad, y ha de ser el cimiento de nuestra gloria venidera.» ¡Qué idea tan desventajosa se concibe del hombre al comparar estas espresiones con la conducta de su autor en todo el curso de su larga vida!...

En el mes de mayo volvieron los franceses á ocupar á Asturias: su permanencia en ella fué corta é inquieta, siendo digno de notarse, entre otros hechos, la defensa que el coronel de Laredo, D. Francisco Rato, hizo en el convento de San Francisco de Villaviciosa contra el general Gautier, que no consiguió desalojar de allí á pesar de los mayores esfuerzos. Los sucesivos movimientos de los aliados obligaron á Marmont á que Bonnet evacuara otra vez el principado, lo que verificó este general en el mes de junio, por el lado de la costa, via de Santander, temeroso de encontrar tropiezos si tomaba el camino de las montañas que parten términos con Leon. Ya á esta fecha tenia nuevamente el mando del 6.º ejército D. José María Santocildes, que fué recibido con universal aplauso.

El general D. Gabriel de Mendizabal seguía con el mando del 7.º ejército, cuyos cuerpos y guerrillas cansaban sin cesar al enemigo. D. Juan Diaz Porlier, uno de los gefes dependientes de este ejército, obraba en Asturias siempre que el principado se hallaba ocupado por los enemigos, y cuando no se extendía unas veces hácia Castilla ó Santander, y otras se embarcaba para amagar algunos puntos de la costa, conservando á los franceses de ella en una continua alarma.

Lo mismo ejecutaban en Cantabria D. Juan Lopez Campillo, Salcedo, la Riva y otros diferentes caudillos.

En las provincias Vascongadas se instaló en febrero la junta del señorío, que por

lo comun residia ahora en Orduña. Por los esfuerzos de dicha autoridad, y bajo la inspeccion del activo general Mendizabal, acabó D. Mariano Renovales de formar entonces tres batallones y un escuadron, los primeros de á 1,200 hombres cada uno, que empezaron á obrar en la primavera de este año; con esta fuerza se fomentó por aquella parte la insurreccion, cuyo origen era debido á la actividad y especial vigilancia del Pastor y Longa. Renovales estendia muchas veces sus correrias por la costa, combinando sus operaciones con las fuerzas marítimas británicas, que á las órdenes de Sir Home Popham cruzaban por aquellos mares, y en ocasiones ambos cerraron de cerca ó escarmentaron á los franceses de Bilbao y otros puertos, bien asi como D. Gaspar Jáuregui (el Pastor), poco ha nombrado, á quien se debió, sostenido por dicho Popham, la toma en Lequeitio el 18 de junio de un fuerte ganado por asalto, y la de un convento en donde se cogieron cañones, pertrechos y 290 prisioneros.

El patriótico teson con que las juntas de este sétimo distrito auxiliaban las guerrillas y cuerpos francos, y fomentaban ademas el entusiasmo en los habitantes por medio de impresos y periódicos, escitaban el encono de los enemigos contra ellas y el interes con que las perseguian. Desgraciadamente tuvieron ocasion de vengar su ira contra la de Burgos, una de la mas diligentes y tenaces. Hallábase esta corporacion en el pueblo de Grado, entre las sierras de Atienza y Riaza, cerca de Ayllon, cuando en la mañana del 24 de marzo 4,090 hombres de caballeria francesa cercan el pueblo, aprisionan á cuatro de sus vocales (cuyos nombres, dignos de perpetuarse en la historia, son: D. Pedro Gordo, cura de Santibañez, D. Eulogio José Muro, Don José Ortiz Covarrubias y D. José Navas) y á unos pocos soldados de su escolta, y los condujeron á Soria, en donde el 4 de abril los arcabucearon, suspendiendo despues sus cadáveres en la horca. Conmovidos y aterrados los habitantes de aquella ciudad con tan sangriento espectáculo, solicitaron y obtuvieron permiso del general enemigo para dar sepultura á aquellos ilustres mártires de la libertad, mas cuando se encontraban reunidos en la parroquia de San Salvador celebrando sus exequias, entraron en la iglesia una porcion de franceses, se apoderaron de los cadáveres, y poniéndolos otra vez en la horca, á uno de ellos con la misma vestidura sacerdotal que lo cubria, amenazaron con grandes penas al que intentára recogerlos, y los tuvieron asi muchos dias. Sabelor el cura D. Gerónimo Merino de tan inaudita crueldad, juró tomar venganza en la primera ocasion.

No tardó esta mucho en presentársele. El 16 de abril atacó en el camino de Ontoria de Valdearados, cerca de Peñaranda de Duero, á una columna enemiga de unos 700 hombres, y fueron tan bien dispuestos sus movimientos, que á pesar de los esfuerzos de los franceses para retirarse ó romper por cualquiera parte, tuvieron que rendir las armas 509 hombres, siendo los restantes muertos ó heridos en la accion. De estos prisioneros hizo Merino pasar por las armas 20 por cada individuo de la junta de Burgos, y 10 por cada soldado de los de su escolta, siendo por todos 110 franceses los que perecieron en espacion del atentado de Soria. Represalia terrible; pero de la que únicamente eran responsables los que se negaban á reconocer en el ciudadano español los derechos que á todo hombre asisten en la defensa de sus propios hogares, y trataban á los que no eran soldados como salteadores ó rebeldes. Sin embargo, Napoleon, autor de tan atroces medidas, cuando despues en 1814 tocaba ya los términos de su ruina, dió un decreto en Fismes á 5 de marzo, en el que decia: «1.º Que todos los ciudadanos franceses estaban no solo autorizados á tomar las armas, sino obligados á hacerlo, como tambien á tocar alarma... á reunirse, registrar los bosques, cortar los puentes, interceptar los caminos y acometer al enemigo por flanco y espalda... 2.º Que todo ciudadano frances cogido por el enemigo y castigado de muerte seria vengado inmediatamente en represalia con la muerte de un prisionero enemigo.» Otros decretos del mismo tenor acompañaron ó precedieron á este, señaladamente uno en que se autorizaba el levantamiento en masa de varios departamentos, con facultad á los generales de permitir la formacion de partidas y cuerpos francos.

De esta manera Napoleon, al tiempo mismo que canonizaba la heroica conducta de los españoles, y justificaba las represalias que las crueldades de sus generales les obligaban á tomar, ofrecia tambien una severa leccion á los soberbios conquistadores que, en el acceso de su orgullo, prodigan injurias é imponen crueles castigos á los valientes hijos de un suelo profanado é injustamente invadido.

El celo del partidario Longa inquietaba tambien con frecuencia á los franceses, y el 50 de junio, á la cabeza de dos batallones y un escuadron, cargó á la bayoneta á una columna de 400 enemigos, que rehecha y cerrada en masa ganó una altura, de la que fué desalojada con mucha pérdida, no obstante haber sido reforzada con dos cañones y alguna gente de las guarniciones de Miranda y Pancorbo.

Solo nos queda por ahora que hablar en lo correspondiente al sétimo distrito de algunas acciones del siempre célebre D. Francisco Espoz y Mina, no desmerecedoras de acompañar á las que en otras ocasiones hemos mencionado de este ilustre caudillo, ascendido ya á brigadier en justa recompensa de sus trabajos y triunfos. El 11 de enero, en presencia del general Mendizabal, sostuvo Mina una accion capaz de dar honor al mas experimentado militar. El general de Pamplona Abbé se presentó con la mayor parte de sus fuerzas en la derecha del rio Aragon, frente á Sangüesa: Mina no dudó atacarle con dos columnas por derecha é izquierda, mientras que Longa, á quien se unió en esta ocasion, embestia por el centro. Abbé resistió el ataque con la mayor firmeza; pero el arrojado de los nuestros le obligó á dejar el campo, abandonando dos cañones, con mas de 600 hombres de pérdida.

Pocos dias habian pasado, cuando ocupando el general Soulier la villa de Sangüesa con 1,600 infantes y 170 caballos, se propuso Mina atacarle en esta posicion, y en la madrugada del 5 de febrero forzó el puente, á pesar de la resistencia que le opuso el enemigo, al mismo tiempo que otras cuatro compañías españolas que habian pasado al otro lado del Aragon, entraban en la ciudad por el lado opuesto. Soulier juzgó prudente retirarse á Sos; formó en columna de ataque sostenida su izquierda por la caballería, y emprendió la marcha: á poca distancia se encontró con las tropas navarras, que le recibieron con el mayor denuedo, y despues de un vivísimo fuego, viendo el enemigo la imposibilidad de batir á los españoles, siguió su marcha á Sos, tardando mas de cinco horas en llegar á aquella villa, sin embargo de distar solo dos de Sangüesa: tal fué la firmeza y constancia con que le fueron incomodando las tropas de Mina.

El general Dorsenne, comandante principal de las huestes francesas de Navarra, viendo frustradas todas sus tentativas para ganar á su partido al leal y decidido Mina, y conociendo tambien que eran infructuosas las promesas de grandes premios hechas repetidas veces por la cabeza de este caudillo, terror y espanto de las tropas francesas, determinó envolverle por todas partes y destruir los pueblos del valle del Roncal, asilo constante de los heridos y enfermos de la division navarra. Para el logro de su intento reunió 16,000 infantes y 2,000 caballos, á las órdenes de los generales Dumostieu, Laferriere, Pannetier, Abbé, Casan, Soulier, Rottembourg, Quesnel, Camus, Duburriel y Mouton. A la sazón se hallaba Mina en dicho valle con los batallones 2.º y 3.º de su division. Distribuidas por el enemigo sus crecidas fuerzas, ocuparon á Ochagavia 4,500 infantes y 200 caballos mandados por Abbé; 3,000 infantes y 400 caballos comandados por Dumostieu se colocaron en Lumbier; Laferriere con una fuerza igual ocupó á Sangüesa y sus inmediaciones, y por la parte de Jaca se hallaban 3,000 infantes, completándose el círculo por el Pirineo. Mina, que en los grandes aprietos desplegaba mas su inimitable serenidad, mandó sacar del valle á los heridos y enfermos, y el 24 por la noche se dirigió al pueblo de Lovera. El 26 entró Abbé en el valle con su division, y siguió la retirada de los españoles, al mismo tiempo que Laferriere los estrechaba por su derecha; mas Mina, burlando la actividad del enemigo, entró en Luesia, y el

28 tomó posición en Fuencalderas, batiendo al paso á 700 enemigos, y logrando con sus acertadas medidas salvar sus dos batallones de tan terrible persecucion. Un trabajo tan continuado tenia bastante quebrantada la salud del intrépido caudillo navarro; pero con un espíritu superior á todas las fatigas, teniendo noticias de que una columna de 3,000 infantes enemigos, pertenecientes á la guardia imperial y cuerpos de polacos, con 150 caballos, debia salir de Vitoria custodiando un convoy y multitud de prisioneros españoles que llevaban á Francia, proyectó sorprenderla en Arlaban, lugar célebre por la sorpresa ya relatada del año anterior. Grandes dificultades se le presentaban para esta atrevida empresa: entre otras la victoria antes alcanzada que debia tener muy sobre aviso á los contrarios, y tambien un castillo que estos habian construido allí y artilládole con cuatro piezas. Para alejar Mina toda sospecha, maniobró con destreza singular; y todavia le creian los enemigos en el alto Aragon, cuando haciendo en un dia una marcha de quince leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9 de abril al quebrar del alba en las inmediaciones de Arlaban y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Su segundo Cruchaga contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al intrépido y despues desgraciado comandante D. Francisco Ignacio Asura.

Era el convoy de los mas ricos que los franceses solian enviar, y caminaba con él á Francia Mr. Deslandes, secretario de gabinetes del rey intruso, y portador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy, y tras la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, hiriéndola antes que volviese de la primera sorpresa. Solo una hora duró el combate, siendo en él completamente destrozados los enemigos y perseguidos por todos lados. Seiscientos de ellos quedaron tendidos en el campo, 150 prisioneros, y se cogió rico botin y dos banderas. Parte de la retaguardia consiguió huir precipitadamente protegida por los fuegos del castillo de Arlaban. Mr. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente D. Leon Mayo. Su esposa Doña Carlota Aranza fué respetada, con otras señoras que allí



BELLOS SENTIMIENTOS DE MINA.

iban. Cinco niños, de quienes se ignoraban los padres, enviós Mina á Vitoria; diciendo en su parte al gobierno: «Estos angelitos, victimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna y suer-

«te tan desventurada... Los niños por su candor tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que imprime y amolda el corazón guerrero de Cruchaga.» Espresiones dignas de un corazón magnánimo, y que pintan el verdadero carácter de los partidarios españoles, no indómito y fiero cual lo suponía el encono de los enemigos, sino sensible y humano como corresponde al verdadero valiente.

Desde Arlaban se dirigió Mina al reino de Aragón, y habiendo entrado en el pueblo de Robles, se encontró cercado al amanecer del 25 de abril y casi cogido en la misma casa donde se alojaba, en cuya puerta se defendió con la tranca, no teniendo á mano otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo su asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos burlar la vigilancia y presteza de los enemigos.

El 22 de mayo, marchando Mina desde Estella á la costa de Cantabria, al atravesar la carretera de Tolosa á Vitoria, se encontró en el pueblo de Ormaestegui con una división enemiga de 2,500 infantes y 18 caballos, que escoltaban un tren de artillería gruesa, y empeñada una reñida acción, se sostuvo con igual tesón por una y otra parte, hasta que una bala de cañón arrebató las dos manos al esforzado D. Gregorio Cruchaga, destrozándole el brazo derecho, con cuyo accidente, aterrada la tropa, empezó á ceder el campo al enemigo. Mina al observarlo, se vuelve hácia ella, y afeando severamente su cobardía, se pone á su cabeza y carga con desesperado coraje á los franceses, á los que arrolla y obliga á refugiarse al abrigo de su artillería.

Al día siguiente sostuvo el mismo caudillo en Santa Cruz de Campezu otra sangrienta acción con la columna del general Abbé, la que perdió mas de 400 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

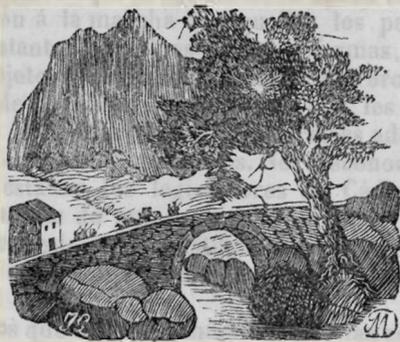
El brigadier Cruchaga falleció á los pocos días de resultas de sus heridas, con sumo sentimiento de Mina y de toda su tropa. Las córtes le declararon benemérito de la patria en 30 de setiembre, y mandaron se le pasase perpétuamente revista en su regimiento, inscribiéndose su ilustre nombre con letras de oro.

El 25 del mismo mayo, habiéndose adelantado hasta dicho pueblo de Santa Cruz el barón D' Arquin con 4,800 infantes y 200 caballos enemigos, se trabó un combate con tres batallones de Mina y se sostuvo un fuego vivísimo, hasta que herido en un muslo el caudillo español por una bala de fusil, se retiró en buen orden. Esta desgracia, que tuvo á Mina privado de pelear hasta el inmediato agosto, proporcionó á los franceses, por ese corto tiempo, el descanso que no les dejaba gozar aquel incansable jefe.

Si tan justamente se admira en Mina ya su constancia en guerrear y ya los conocimientos militares que campeaban en sus operaciones, no deben llamar menos la atención algunos de los actos de su administración. Estableció cerca de su campo casi todos los cuerpos y autoridades que residían antes en Pamplona, mudando de puntos según lo exigían los sucesos de la guerra; pero desempeñando todos, sin embargo, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesión de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundía el solo nombre de Mina, cuya severidad pudo alguna vez equivocarse con algo de rigor, muy disculpable y enteramente forzoso en medio de los riesgos que continuamente le rodeaban, y de los repetidos lazos que los enemigos le tendían.

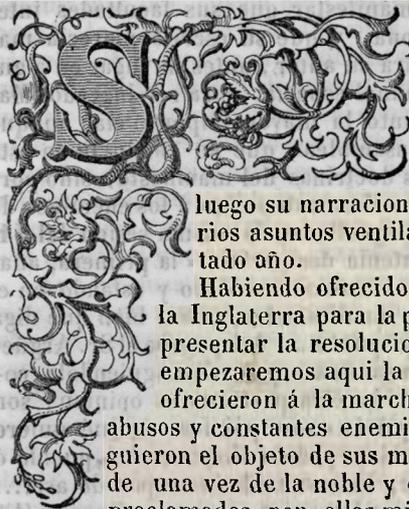
Cubría especialmente Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, con las presas y botín tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Modo este último de sacar dinero, quizá nuevo en la economía de la guerra y fruto del sagaz ingenio de nuestro caudillo. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, según el cual nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuían entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar más espedito el comercio, resultando á España la de no tener que gravar su presupuesto de guerra con el sosten de la gruesa división de Mina.

De la reseña que acabamos de hacer con relacion á los sucesos que tuvieron lugar en los diferentes distritos durante los seis primeros meses de este año, se deduce claramente la parte que todos respectivamente tuvieron, segun antes digimos, en los triunfos obtenidos por los aliados en Ciudad-Rodrigo y Badajoz, lo mismo que en las grandes operaciones comenzadas ya por aquellos en la fecha en que nos encontramos. Pero antes de ocuparnos de ellas, y antes tambien de indicar las lisongeras esperanzas que por este tiempo infundian en los españoles los acontecimientos del norte de Europa, es de nuestra obligacion hablar de los interesantes trabajos de las córtes, pues ellos deben ocupar un lugar muy preferente en la historia, la cual, sin el cabal conocimiento de aquellos, no mereceria otro nombre que el de una triste y descarnada narracion de los desastres de la guerra. Demas que debiendo considerarse la de la Independencia como el prólogo, digámoslo asi, de la gran revolucion que, en union con los demas pueblos civilizados, está llamada á consumir la España, necesario es dejar consignados todos sus actos, para que los errores en ellos cometidos sirvan de leccion el dia grande en que terminados los episodios, entre el pueblo de lleno en el verdadero circo donde debe decidirse, una vez para siempre, la lucha terrible de la libertad con la tiranía. Para asegurar el triunfo de la primera, preciso es que sus sostenedores sepan bien todos los subterfugios que sus contrarios han puesto en juego para perpetuar su ominoso dominio, pues sin este conocimiento mal podrán escogitarse los medios de destruirlos. Lo hemos dicho otras veces; pero hay ciertas verdades que es necesario repetir las siempre. La historia no se escribe para mera curiosidad, sino para enseñanza de las respectivas generaciones, y por eso no cumplirá con su deber el escritor que en la suya no deje bien marcadas las causas de los males y de los bienes que relata, para inspirar asi el escarmiento ó el estímulo en las edades venideras. Por esta razon, aunque en las materias políticas que nos van á entretener, no seremos tan latos como deseáramos, y como acaso sería necesario, por tener que ceñirnos al sumo laconismo que se nos recomienda, procuraremos, sin embargo, no dejar por tocar, aunque sea ligeramente, ninguno de aquellos hechos que puedan contribuir al logro de nuestros deseos, dirigidos esclusivamente al triunfo de la razon y á la felicidad de la especie humana.



CAPITULO XXIX.

Maquinaciones contra las córtes.—Manifiesto de D. Miguel de Lardizabal.—Causas que influyen en la determinacion del congreso sobre esta materia.—Esposicion del ex-regente D. Antonio Escaño.—Asunto del Consejo de Castilla.—Consejeros suspensos.—Papel de la España vindicada.—Tribunal especial para entender en estos asuntos.—Representacion de D. José Colon.—Ocurrencia con el diputado Valiente.—Desacuerdo entre las juntas de censura.—Equivoca conducta del tribunal especial.—Su fallo sobre el asunto del consejo.—Sentencia contra Lardizabal.—Manejos para poner al frente de la Regencia á la infanta doña Maria Carlota: carta de esta señora á las córtes.—Contestacion.—Proposicion del señor Laguna.—Esposicion del diputado Vera Pantoja.—Proposiciones del señor Argüelles.—Nombramiento de la nueva Regencia.—Administracion de la anterior.



SUSPENDIMOS en el año anterior la reseña de las tareas de las córtes en el mes de agosto al tiempo de presentar la comision de Constitucion sus primeros trabajos, por lo cual, antes de ocuparnos de estos, y para no interrumpir luego su narracion, nos parece necesario decir algo de otros varios asuntos ventilados en el congreso en los últimos meses del citado año.

Habiendo ofrecido antes no tratar de la mediacion propuesta por la Inglaterra para la pacificacion de América hasta cuando podamos presentar la resolucion de las córtes sobre tan importante materia, empezaremos aqui la reseña de la época actual por los tropiezos que ofrecieron á la marcha de aquellas los partidarios de los antiguos abusos y constantes enemigos de las reformas, y con los que sino consiguieron el objeto de sus maquinaciones, lograron al menos separarlas mas de una vez de la noble y digna senda que les señalaban los principios proclamados por ellas mismas, y hacerles adoptar resoluciones que las equivocaban con los anteriores gobiernos. No desconocemos la necesidad, y aun la obligacion en que estaban los legisladores de Cádiz de no dejar tomar pábulo á las insidiosas miras de sus contrarios, cuando tambien lo eran de las libertades públicas; pero esto nunca justificará ninguna medida capaz de confundir á los fundadores de un sistema liberal con los de la arbitrariedad y del oscurantismo.

Uno de los primeros que alzaron bandera contra las córtes y contra las reformas por ellas decretadas, fué el ex-regente Lardizabal, en un escrito publicado en Alicante el mes de setiembre de 1811, el cual llevaba por titulo: «Manifiesto que presenta á la nacion el consejero de estado D. Miguel de Lardizabal y Uribe, uno de los cinco que compusieron el Supremo Consejo de Regencia de España

«é Indias, sobre su política en la noche del 24 de setiembre de 1810.» Luego que en el octubre inmediato empezó á circular en Cádiz tan escandaloso papel, causó en el público la impresion mas desagradable, pues aunque su autor no gozaba la mejor opinion, el puesto que habia ocupado hacia creer con bastante fundamento que las ideas en él emitidas no eran exclusivas del que las publicaba, sino extensivas tambien á toda la regencia de que Lardizabal habia sido individuo.

Escitados algunos diputados por el clamor público, creyeron de su deber llamar sobre el asunto la atencion del congreso, y el 14 del mismo octubre, tomando la palabra D. Agustín Argüelles, manifestó el peligro de la patria, y para su seguridad y la del congreso pidió se leyese el citado manifiesto. Sostuvo esta demanda el conde de Toreno, pidiendo ademas que se impusiese á su autor el castigo que merecia. Apoyaron este dictámen varios diputados, y presentando el impreso en cuestion el Sr. García Herreros, se mandó leer inmediatamente.

El tal escrito, haciendo á su autor todo el favor posible, podia reputarse como uno de los mas vergonzosos productos de los delirios humanos, siendo sus doctrinas una servil reproduccion de las de los siglos mas bárbaros. En él impugnaba el decreto de la libertad de imprenta, á cuya sombra, decia, se habian hecho correr ideas *republicanas y democráticas*: combatía el de 24 de setiembre de 1810, suponiendo que las córtes se habian abrogado indebidamente la soberanía, pretendiendo manifestar que esta no podia existir sino en la persona del rey; y hablando del juramento prestado por la Regencia en la noche de aquel dia, sentaba fué que forzado moralmente, porque entonces no podia contar ni con el pueblo, ni con las armas para hacerse respetar, y asi, lo que juró la Regencia fué la soberanía de Fernando VII con la nacion. Entrando despues á tratar de las facultades de las córtes, esponia principios absurdos, bastando estos á manifestar que sus facultades intelectuales eran tan imperfectas como su persona, y que su escrito merecia mas el desprecio que la indignacion, reclamando para su autor, antes un lugar en alguna casa de Orates, que la creacion de un tribunal especial para ser juzgado. Mas las córtes no lo creyeron asi, y dieron al asunto la mayor importancia: aunque debe decirse en descargo de aquella ilustré asamblea, que su conducta en esta materia no fué precisamente impulsada por las doctrinas del manifiesto, sino porque la impunidad de los hechos espresados en él no estimulára á los enemigos de las reformas á su repeticion, y por eso el Sr. Argüelles en la misma sesion del 14, al calificar el impreso del libelo, dijo que contenia dos partes: «la primera, añadió, abraza las opiniones de un español, que como ciudadano y estando en el goce de sus derechos ha podido y ha debido manifestarlas, y está bien que diga lo que quiera y sostenga su opinion hasta cierto punto...» Asi pagaba el Sr. Argüelles el tributo mas lato á la libre emision del pensamiento; pero distinguiéndola como es justo de los hechos, seguia diciendo: «la otra parte no es opinion, son hechos que atacan á las córtes, á la nacion y á la causa pública... ¿Qué quiere decir que si el consejo antiguo de regencia hubiera podido disponer del pueblo ó de la fuerza en la noche del 24 de setiembre, la cosa no hubiera pasado asi?... Si ese autor se reconoce tan impertérrito, ¿por qué no tuvo valor... en Bayona (1)? La grandeza de los hombres se descubre en las grandes ocasiones. En los peligros está la heroicidad.»

El Sr. Mejia sostuvo con vehemencia la misma opinion, proponiendo se remitiera el papel á la junta de censura de la libertad de imprenta. El conde de Toreno, con aquel entusiasmo por la libertad que tanto le distinguia en aquella época, y que hace mas notable su posterior conducta, pidió que se tomasen providencias severas y ejecutivas. Otros varios diputados hablaron en el mismo sentido, terminando los

(1) D. Miguel de Lardizabal fué individuo de la junta reunida en Bayona en 1808 por Napoleon, y en la opinion de muchos reputado por afrancesado.

debates de aquel día con la aprobacion de la siguiente proposicion del Sr. Morales Gallego, el cual pidió: «que se arrestase y condujese á Cádiz desde Alicante, donde residia, á D. Miguel de Lardizabal, siempre que fuese autor del referido manifiesto, como tambien que se recogiesen los ejemplares de este y se ocupasen los demas papeles de dicho Lardizabal; todo bajo la mas estricta responsabilidad del secretario del despacho á quien correspondiese.»

En la sesion del siguiente día se continuó tratando del mismo asunto, y en ella se leyó una esposicion de D. Antonio Escaño, compañero de regencia con Lardizabal, en la cual desmentia cuanto habia publicado el último acerca de las ideas é intenciones de aquel cuerpo. Lo mismo hicieron mas adelante los Sres. Saavedra y Castaños.

Los rumores esparcidos por el público desfavorables al Consejo de Castilla, á quien no solo se atribuia estar complicado en el asunto de Lardizabal, sino que se aseguraba tambien haber estendido en secreto una consulta comprensiva de varios particulares relativos á lo mismo y contra la autoridad de las córtes, llamaron la atencion de esta en la citada sesion del 15, en la que tambien se hizo mérito de una protesta remitida por el obispo de Orense, y de la cual hablaba Lardizabal en su manifiesto. Tales antecedentes obligaron al Sr. Calatrava á pedir: «1.º Que se nombrase una comision de dos diputados para que inmediatamente pasase al Consejo Real y recogiese dicha protesta y consulta; 2.º que otra comision de igual número pasase á recoger la esposicion ó protesta del mismo reverendo obispo, que se decia archivada en la secretaria de Gracia y Justicia; 3.º que se nombrase una comision de cinco diputados que juzgase al autor del manifiesto, y entendiese en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones...» Fueron aprobadas las dos primeras propuestas, nombrándose para desempeñar la comision del Consejo al mismo Sr. Calatrava y al Sr. Giraldo, y para la de la secretaria de Gracia y Justicia á los Sres. García Herreros y Zumalacárregui. A la tercera proposicion se opuso el Sr. de Monte, y desechado el pensamiento de que fuesen diputados los que juzgasen á Lardizabal, se aprobó en su lugar: «que una comision del congreso propusiese en el día siguiente doce sugerencias que actualmente no ejerciesen la magistratura, para que de entre ellos eligiesen las córtes cinco jueces y un fiscal que juzgasen al autor del manifiesto y entendiesen en la causa que debia formarse desde luego para descubrir todas sus ramificaciones, procediendo breve y sumariamente con amplias facultades, y con la actividad que exigia la gravedad del asunto.»

Aunque nuestra opinion no sea conforme á la marcha de las córtes en esta ocasion, no por eso convenimos en un todo con la cruel censura que de ella han hecho sus enemigos; pues á mas de la causa antes indicada, hay otras muchas razones que la disculpan, y nosotros las esplanariamos si los limites á que debemos sujetarnos nos lo permitieran. No se pierdan, sin embargo, de vista las críticas circunstancias que rodeaban á los legisladores de Cádiz, teniendo que sostenerse entre dos elementos tan opuestos como eran de un lado los desesperados esfuerzos del agonizante despotismo, y del otro las exigencias de un pueblo que, habiendo empezado á gustar las delicias de la libertad, queria á todo trance la destruccion de los que trabajaban para arrancarle un bien á tanta costa adquirido.....

Las dos primeras comisiones salieron inmediatamente del congreso á desempeñar su cometido, y en la misma sesion dieron cuenta de sus resultados. Los diputados que fueron á la secretaria de Gracia y Justicia encontraron la esposicion del obispo de Orense, sobre la que no se tomó providencia, pues aunque altanera y ofensiva, era la misma que presentó aquel prelado á las córtes en 3 de octubre de 1810, de cuyo incidente hicimos mencion en su respectivo lugar. Los que se dirigieron al Consejo no descubrieron la consulta de que se trataba, y si solo tres votos contra ella de los señores que habian disentido, y eran D. José Navarro y Vidal, D. Pascual Quilez y Talon y D. Justo Ibar Navarro. Estaba encargado de estender la consulta el conde del Pinar, quien manifestó haberla rompido de enojo, porque

cuando la presentó al consejo le habian puesto reparos algunos de sus compañeros hasta en las mas mínimas espresiones. Tan ridicula disculpa irritó á muchos, y pocos le dieron asenso, creyendo los mas que dicho documento se habia inutilizado ahora ó poco despues del suceso... Con su desaparicion y con lo que resultaba de los votos de los tres consejeros que discordaron, encrespóse el asunto y agravóse la suerte de los motores de la consulta, aprobándose dos proposiciones del conde de Toreno concebidas en estos términos: «Primera, que se suspendiesen los individuos del Consejo Real que habiendo acordado la consulta de que hacian mérito los votos particulares de los ministros Ibar Navarro, Quilez Talon y Navarro Vidial, remitiendo estos votos y todos los papeles y documentos que tuviesen relacion con este asunto al tribunal que iba á nombrar el congreso para la causa de D. Miguel de Lardizabal. Segunda: que mientras tanto entendiesen en los negocios propios de las atribuciones del consejo los tres individuos que se habian opuesto á la consulta, y los ausentes que hubiesen venido despues y se hallasen en el ejercicio de sus funciones.»

Con esta providencia quedaron suspensos en el citado Consejo Real el decano D. José Joaquin Colon, D. Manuel de Lardizabal, hermano del ex-regente, D. Bernardo Riega, D. Sebastian de Torres, el conde del Pinar, D. Domingo Fernandez de Campomanes, D. Andres Lasauca, D. Ignacio Martinez de Vilella, D. Francisco de Arjona, D. Vicente Duque de Estrada, D. Juan Antonio Gonzalez Carrillo, D. Tomas Moyano, D. Benito Arias Prado y D. José Antonio Larrumbide.

Cualquiera que sea el concepto que se forme de esta determinacion de las córtes, siempre será preciso confesar que fué un golpe mortal para los enemigos de las reformas, dejando por entonces paralizadas sus tentativas. El pueblo la recibió con tanto mayor agrado, cuanto á la mala voluntad que de antiguo profesaba al Consejo de Castilla, sostenedor por lo comun de arbitrariedades y abusos, se unia la aversion con que se le miraba por la conducta equivocada é incierta que habia seguido al momento de levantarse las provincias del reino, y por su conato en atacar á estas y contrariar casi todas las reformas que partian de aquel origen.

Otro nuevo incidente aumentó en aquellos mismos dias la importancia del asunto que se ventilaba. Imprimiase á la sazón en Cádiz, en la oficina de Bosch, un papel intitulado: «*España vindicada en sus clases y gerarquias*,» el cual se creia enlazado con el de que en la actualidad se trataba, por lo cual en el mismo dia 15 presentó una proposicion el señor García Herreros, de cuyas resultas se remitieron á las córtes dos ejemplares impresos de dicho escrito con el original. El tal folleto era una ágría y larga censura de todos los procedimientos del congreso, en el que el autor, á par que con falaz hipocresía protestaba á cada paso sumision y obediencia á las córtes, escitaba contra ellas á los clérigos y á los nobles, que decia injuriados por no haberse admitido dos estamentos, añadiendo que no podian las mismas entender sino en negocios de Guerra y Hacienda para rechazar al enemigo. Se atribuia dicha produccion á D. Gregorio Vicente Gil, oficial de la secretaria del Consejo y Cámara; pero se aseguraba y luego se probó que el verdadero autor era el antes citado D. José Colon, decano del Consejo Real. Por eso, mirando el asunto como conexo con el de esta corporacion y con el de Lardizabal, se pasó el 24 del propio octubre un ejemplar impreso con el original manuscrito al tribunal especial que iba á entender en las otras dos causas.

Dicho tribunal fué nombrado en la sesion del 17, escogiendo las córtes de entre los doce sugetos propuestos por la comision cinco jueces y un fiscal. El nombramiento de los primeros recayó en D. Toribio Sanchez Monasterio, D. Juan Pedro Morales, D. Pascual Boloños de Novoa, D. Antonio Vizmanos y D. Juan Nicolas Undaveytia, y el de fiscal en D. Manuel María Arce. Todos prestaron juramento ante las córtes, y considerándose este tribunal como supremo, dispensósele el tratamiento de alteza.

Entre los varios desagradables incidentes que ofreció este negocio, merece especial mencion una representacion dirigida á las córtes por el referido decano del

consejo D. José Colon, en la que «sometiéndose como individuo á comparecer ante el tribunal especial, pedia como persona pública la vènia mas atenta, para que el juicio y cuanto se obrase en él fuese y se entendiese con la reserva de esponer (por sí, si vivia, ó por el que le sucediese) á las córtes presentes y futuras cuanto conviniese á su alto cargo y á su tribunal.» Algunos diputados miraron dicha esposicion como ambigua, y aun la consideraron como una protesta anticipada de las reformas judiciales de la Constitucion. Pidiéronse al esponente esplicaciones acerca del sentido, y diólas, y no satisfaciendo con ellas, dijo el Sr. García Herberos: «Todo individuo de la sociedad tiene derecho para representar al soberano cuanto le parezca. En sustancia esa vènia que D. José Colon pide, ¿no es para representar lo que le convenga, ya sea antes ó despues de la sentencia? Pues ¿á quién ha negado la ley ni las córtes el que acuda á hacer presente lo que juzgue útil y preciso á su derecho?... Así que yo no comprendo á qué es pedir esa vènia, y me parece inútil concederla. Mi dictámen, pues, es que se diga que use de su derecho y nada mas.» Contestando el Sr. Gutierrez de la Huerta á este dictámen, dijo: «que segun el derecho español era necesario para instaurar un recurso extraordinario al soberano, pedir antes la vènia, y que siendo extraordinario el tribunal creado, podian ocurrir casos en que los acusados tuviesen que usar de este medio, por lo que justamente el decano del consejo pedia dicho permiso para ocurrir á las córtes, siempre que él ó sus compañeros se sintiesen agraviados.» Previendo desde luego el Sr. D. Juan Nicasio Gallegolas miras de los diputados anti-reformadores en esta cuestion, tocó el medio de cortarla diciendo: «que no era fácil aclarar este asunto, cuando los señores jurisperitos, que ademas del estudio tenian la práctica del foro y estrados, hablaban con tanta variedad en el negocio.» No consiguió, sin embargo, este prudente diputado terminarlo de un modo conciliador, pues como los contrarios lo habian elegido por fuerte baluarte desde el cual esperaban batir ventajosamente las reformas, continuaron su ataque con los mas acalorados discursos, consiguiendo así enardecer las pasiones hasta el extremo de que los asistentes á las galerías, acostumbrados hasta entonces á oír con el mas respetuoso silencio todas las discusiones, tomaron desgraciadamente parte en esta, y en la sesion del 26 de octubre, dejándose llevar del universal entusiasmo, faltaron á la circunspeccion y decoro que debe observar siempre el público en tales lugares.

Provocó el escandaloso hecho un imprudente discurso pronunciado por D. José Pablo Valiente, á cuyo diputado tenia el pueblo de Cádiz antigua ojeriza desde el año de 1800, por atribuirsele la introduccion allí de la fiebre amarilla volviendo de ser intendente de la Habana. Esta desventajosa persuasion, infundada á nuestro ver, hubiera desaparecido seguramente, á no haberle dado fomento las retrógradas ideas del diputado, pues en una ciudad cuyos hijos, generalmente hablando, no respiraban mas que libertad, no podia ser bien visto un sugeto que, á la anterior prevencion que contra él habia, unia la que su actual conducta escitaba de continuo, especialmente cuando se sabia ser el único individuo de la comision de Constitucion que habia rehusado firmar el proyecto: motivos todos que enseñaban á Valiente la medida con que debia proceder. Mas no lo hizo así, y, á pesar que asistia poco á las córtes, apenas supo la cuestion que se ventilaba, se presentó en ellas, y tomando la palabra, empezó usando de espresiones tales, que se conocia eran dirigidas á promover el desórden, para convertir por este medio, segun prevenia el reglamento, la sesion pública en secreta. La ulterior conducta de Valiente acreditó no ser esta una temeraria sospecha, pues al primer ligero murmullo de las galerías, reclamó el cumplimiento de aquel artículo reglamentario. Con esta demanda indispuso mas los ánimos, y los acabó de irritar cuando añadió, dirigiéndose al congreso, que entre los circunstancias habia *intriga*, y volviéndose á las galerías, habló de *gente pagada*. Palabras que apenas las pronunció, causaron murmullos en el congreso, y en las galerías tal bulla y desórden, que el presidente alzó la sesion pública, á pesar de las vivas y enérgicas reclamaciones de los señores Toreno y Golfín.



TUMULTUOSA SESION EN EL CONGRESO.

Permanecieron sin embargo los espectadores en aquellas, y aunque despues las evacuaron, mantuviéronse en la calle y puertas del edificio. Se estendió en breve el tumulto á toda la ciudad, y embravecióse mas al divulgarse que era Valiente el causante de aquel disgusto. Instruidas las córtes de la efervescencia popular, suspendieron la deliberacion del asunto pendiente, para ocuparse en tomar precauciones que preservasen de todo mal la persona del imprudente diputado. A este fin se presentó en la barandilla del congreso el gobernador de la plaza D. Juan María Villavicencio, quien respondió de la seguridad individual del D. José Pablo; pero este, completamente desanimado y lleno de pavor, no se consideró seguro en modo alguno, ni aun rodeado de las bayonetas, y pidió ser conducido al navío de guerra *Asia* fondeado en bahía. Se condescendió con sus deseos, y puesto abordo permaneció allí y despues en Tánger muchos meses, por voluntad propia y sin dejar en su retiro de trabajar, como despues veremos, en el sosten de sus máximas y principios.

Este desagradable suceso, aunque provocado como hemos visto por la indiscreta temeridad de Valiente, dió alguna vez armas á los que sin el menor fundamento quisieron quejarse de falta de libertad; mas por el pronto amilanó á los enemigos de las reformas, en términos que el mismo D. José Colon desistió de sus peticiones, las que sin embargo pasaron al tribunal especial, el cual siguió con bastante negligencia las causas que le estaban encomendadas. Lardizabal llegó de Alicante al principiar noviembre, y arrestado en Cádiz en el cuartel de San Fernando, hizo varias representaciones á las córtes, procurando sincerar su conducta y escrito. Duraron muchos meses estos negocios, y en ellos se acreditó de nuevo lo difícil que es el desarraigar de una nacion envejecidos abusos, y la insuficiencia de todas las reformas, si los que las han de plantear no son hombres nuevos sin contacto con las rutinas.

El asunto de la España vindicada lo paralizó indebidamente una calificacion favorable que, escediéndose de sus facultades, dió la junta suprema de censura, en oposicion de otra de la de provincia, que anteriormente habia declarado culpable el escrito. En el fallo de las otras dos causas manifestó el tribunal especial una parcialidad repugnante, pues al tiempo mismo que en 29 de mayo de 1812 absorvió de toda culpa á los consejeros procesados, pedia su fiscal nada menos que la pena de muerte contra D. Miguel de Lardizabal, y aunque el tribunal no se con-

formó con este dictámen, condenó sin embargo al acusado en 14 de agosto del mismo año, «á que saliese espulso de todos los pueblos y dominios de España, en «el continente, islas adyacentes y provincias de Ultramar, y al pago de las costas «del proceso;» añadiendo para vergüenza de la época, «que los ejemplares del «manifiesto se quemasen públicamente por mano del verdugo.» Apeló Lardizabal del fallo al tribunal supremo de justicia, ya entonces establecido, cuya sala segunda revocó y anuló la anterior sentencia; pero la confirmó despues en todas sus partes la sala primera, en virtud de apelacion que hizo el fiscal del tribunal especial. Asi terminó un asunto tan ruidoso en sus principios, causa triste de tantos disgustos, y cuyo verdadero resultado no fué otro que ennegrecer con un feo borron la historia de la libertad del año 12.

No estuvo en el interin ocioso el partido antiliberal, pues apenas repuesto del terror que les causaron los sucesos referidos, se dispuso á preparar á su contrario nuevas inquietudes, eligiendo para su primera acometida el proyecto de poner al frente de la Regencia á una persona real. Entre los varios príncipes estrangeros que aspiraban á este puesto, se decidieron los retrógrados por la infanta Doña Maria Carlota, hermana mayor de Fernando VII y esposa del príncipe regente de Portugal, residente entonces en el Brasil. Apoyaba este pensamiento D. Pedro de Sousa, ahora duque de Palmela, y en aquel tiempo ministro de Portugal en Cádiz; y lo contrariaba con empeño el ministro británico en la misma plaza sir Henry Wellesley.

La misma infanta, para conseguir este resultado y congraciarse con las córtes, manifestándoles la ninguna parte que tenia en la invasion de la orilla oriental del rio de la Plata por las tropas brasileñas, les escribió una carta manifestándoles que-



LA INFANTA MARIA CARLOTA.

rer desahogar los sentimientos que afligian su corazon ante los representantes de su patria, é informándoles sobre varios puntos, concluyendo con rogarles que no se descubriese á su esposo aquella correspondencia. Las córtes trataron este asunto en sesion secreta, y contestaron á la infanta, «que en semejantes materias tuviese «se á bien S. A. dirigirse á la Regencia, á cuyas facultades correspondia el despacho.» A pesar de esta contestacion, repitió aquella princesa mas adelante sus cartas al congreso, como luego veremos.

Los partidarios de dicha señora seguian sin embargo en su empeño, y no determinándose á dar la cara ninguno de los que mas figuraban entre ellos, se valieron

del Sr. Laguna, diputado sin prestigio alguno, y á quien su misma sencillez hizo servir en esta ocasion de instrumento á la intriga. Este diputado, pues, presentó en la sesion del 8 de diciembre de 1811 una proposicion, pidiendo «se eligiese «nueva Regencia compuesta de cinco personas, de las que una fuese la persona «real á quien tocase.» No podia señalarse mas claro á la infanta Doña Maria Carlota, pues destruida la ley Sálica, y ausentes y presos sus hermanos, á ella pertenecia por su inmediacion á la corona presidir en aquel caso la Regencia. La proposicion por tanto no fué ni admitida á discusion.

Sin desmayar todavia los autores del pensamiento, se valieron para reproducirlo de D. Alonso Vera y Pantoja, diputado por la ciudad de Mérida, anciano respectable, pero de limitada capacidad. Este ciego instrumento de maquinaciones superiores á sus luces presentó en la sesion del 29 del propio diciembre una esposicion concebida en un estilo harto desmedido y sumamente injurioso á las córtes, concluyendo con varias proposiciones, entre las que resaltaban las tres siguientes: «1.^a Que se nombrase una regencia, y presidente de ella á una persona real, «concediéndole el ejercicio pleno de las facultades asignadas al rey en la Constitucion. 2.^a Que en el término perentorio de un mes despues de elegir dicha Regencia, se finalizasen las discusiones de la Constitucion, y se disolviesen las córtes: «3.^a Que no se convocasen otras nuevas hasta el año 1815.» A pesar de lo grosero de la trama, creyeron los diputados reformistas que era ya necesario adoptar algunos medios para destruirla, y á este fin el Sr. Calatrava, sin dejarse por de pronto llevar de la fogosidad de su carácter, pidió con la mayor calma «que «conforme al reglamento esplayase el autor sus proposiciones.» Semejante demanda puso al cuitado de D. Alonso en el mayor aprieto, y azorado y confuso, sin saber cómo salir de semejante apuro, se disponia ya á nombrar la persona que le habia puesto en él, cuando el mismo Sr. Calatrava, compadecido de su aturdimiento, y queriendo evitar una imprudente confesion que pudiera acaso repetir escenas como la del Sr. Valiente, tomó la palabra y dijo: «Una porcion de protervos se «valen de hombres buenos, como lo es el Sr. Vera, que acaso no tendrá las luces «necesarias. Es ya tiempo de quitarles la máscara. Hombres malvados se valen de «estos instrumentos para desacreditar á las córtes y encender la tea de la discordia «entre nosotros... ¿Qué ha hecho el autor de las proposiciones en los quince meses «que estan instaladas las córtes? ¿Qué proposiciones ha hecho para ayudar á estas? «¿Qué planes ha presentado para salvar la patria? Regístrense las actas, bájense «los espedientes de la secretaria. Allí se verá lo que cada uno ha hecho. ¿Qué ha «dicho y hecho el Sr. Vera para acusar á las córtes ahora? Dice que estas se han «ocupado en espedientes particulares: pregunto, ¿quién los ha promovido mas?... «¿A qué se dirigen estas proposiciones? A desacreditar á las córtes y al gobierno. «Esto no puede tener origen sino en personas descontentas por las reformas que «se han intentado.»

Siguiendo la discusion por el mismo estilo, y desechadas las proposiciones del Sr. Vera, se terminó por aprobar el 4.º de enero otras tres del Sr. Argüelles en sentido inverso á aquellas, dos de ellas muy importantes, pues se dirigia la primera á que en la Regencia que se nombrase para gobernar el reino con arreglo á la Constitucion, «no se pusiese ninguna persona real;» y la otra «á que «se eligiese una comision de las mismas córtes para que propusiera las medidas «que conviniese tomar entretanto que se organizaba el gobierno, á fin de asegurar mejor la decision de tan importante negocio.»

Estas proposiciones eran conformes á la opinion ya generalizada en el congreso de la necesidad de formar una nueva Regencia, tanto porque la actual se consideraba sin prestigio, pues este lo pierden pronto los gobiernos en tiempos turbulentos y de apuros, como por estar casi siempre incompleta á causa de la continua ausencia de D. Joaquin Blake, y de haber ahora este acabado de perderse quedando prisionero en la toma de la ciudad de Valencia.

Luego que se supo tan desgraciado acontecimiento, comenzaron las córtes á